

Al-Yazirat

Revista de flamenco, Sociedad del Cante Grande, Algeciras, Nº 25. Noviembre de 2021.

XXIX PALMA DE PLATA

Ciudad de Algeciras

Homenaje a

Tío Borrico de Jerez
Gregorio Manuel Fernández Vargas

SUMARIO



CRÉDITOS

Foto de portada:
Paco Sánchez.

Redactor jefe:
José Vargas Quirós.

Diseño:
Dpto. de Imagen y Desarrollo,
Ayuntamiento de Algeciras.

Coordinadores:
Julio Valdenebro, Ramón Soler.

Fotografías, créditos:
Pie de fotos.

Redacción:
Sociedad del Cante Grande de Algeciras.
Avda. de la Caña, 37.
11203 Algeciras.

Edita:
Sociedad del Cante Grande.

NOTA: Al-Yazirat no comparte necesariamente los puntos de vista en las colaboraciones firmadas. Nuestro agradecimiento a cuantas personas han hecho posible con su colaboración la edición de este número.

Saluda del Alcalde de Algeciras	3
Saluda de la Tte. de Alcalde Delegada de Cultura y Universidad	4
Editorial. En campo de flamenco y sueños Miguel Vega	5
Tío Gregorio, el recuerdo de un cante Manuel Martín Martín	6
Tío Borrico Pedro Miguel De Tena	13
Por dentro y por fuera Juan Antonio Palacios	17
Lo que inventan los gachós Luis López Ruiz	20
Tío Borrico: alegato por la pureza Ramón Soler Diaz	23
Entrevista inédita a Tío Borrico en julio de 1980 Arcadi Espada y Antonio España	26
Tío Borrico, la sencillez compleja José Manuel Serrano Valero	33
Mira si soy buen gitano Rafael Ruiz García	35
El duro Jornal Enrique Montiel	38
El Cante Telúrico del Tío Borrico Antonio Nieto del Viso	40
Tío Borrico como referente Luis Soler Guevara	42
El compás se lleva en la sangre Juan Garrido	45
Tío Borrico, la olorosa esencia del cante de Jerez José María Castaño	47

Tío Borrico: la tierra en cante y alma

José Ignacio Landaluce, Alcalde de Algeciras

En estos tiempos difíciles, donde la cultura se ha manifestado como la salud del alma, el Flamenco y su pureza se han hecho más fuertes y necesarios que nunca, y en este año 2021, principio de la esperanza y su sentido, el Flamenco ha vuelto a proclamar su poder y su belleza, inmaterial e intemporal, nuevamente desde las páginas de esta Revista Alyazirat, que lo custodia, preserva y difunde como principio fundamental de su sentido sonoro y literario.

Así, siendo el Flamenco y el cante gitano andaluz nuestra manifestación cultural más conocida en el mundo, sin ser un género concebido para el gran público, aunque del pueblo nace, sí que engrandece a todo público que a él acceda, y que como la salud y la cultura, nos acerca al ser humano, que en cada batalla por la vida, renace.

Y es entonces, cuando el ser humano y el Flamenco cohabitán en la misma persona, cuando nuestro arte reconquista ese gran escenario que es la vida, y desde la campiña jerezana se ofrece al mundo, con la grandeza humilde de gente imprescindible, como Gregorio Manuel Fernández Vargas, conocido como "Tío Borrico de Jerez" y ahora, felizmente reconocido a título póstumo, como destinatario de la XXIX PALMA DE PLATA CIUDAD DE ALGECIRAS, oficializando con tan preciado galardón que la cincuentenaria y querida Sociedad del Cante Grande de Algeciras le concede, los valores humanos y flamencos de un cantaor singular e imprescindible, que con el Flamenco le cantó a la vida, desde el sudor que surcos abre en los campos de Andalucía, que también son los campos del corazón.

Por eso, el Excmo. Ayuntamiento de Algeciras, que me honro en presidir, se enorgullece de levantar sobre la memoria de Tío Gregorio, "El Borrico" la admiración y el respeto que esta ciudad portuaria y marinera, le profesa a la persona y al artista, como heredero y pregonero de una pureza flamenca y también humana, que en Palma de Plata, campo y mar acercan, como puente entre Jerez y Algeciras, a ambos lados del Flamenco que comulgán.

Y que esta llama de Flamenco puro, encienda -como siempre- este número 25 de la Revista de Flamenco Alyazirat, para que su fuego sonoro y escrito a los sentidos llame, como los sentidos de la tierra y sus sonidos, a Gregorio Manuel Fernández Vargas, llamaron y en que en Flamenco, "TÍO BORRICO DE JEREZ" convirtió.

Flamenco surco a surco

Pilar Pintor, Tte. de Alcalde Delegada de Cultura y Universidad
del Ayuntamiento de Algeciras

Dicen que un buen retrato es una biografía pintada, por lo que en torno a esta reflexión, bien podríamos pensar que en los rostros del Flamenco se escribe la vida, cuando uno de esos rostros es el de Gregorio Manuel Fernández Vargas, conocido en el campo y en el Flamenco como “Tío Borrico de Jerez”, a cuyo legado y memoria, se consagra el sentido y el destino de la XXIX Palma de Plata Ciudad de Algeciras, enriqueciendo su biografía, su historia, y con ella, la del Flamenco.

Galardón “Palma de Plata”, que se alza orgulloso, bajo este cielo andaluz -al que le escribiera Lola Peche, algecireña y poeta en el mismo orden- como uno de los más relevantes reconocimientos que concede el Flamenco, un elogio en plata y alma a la pureza que eterniza a nuestra expresión artística por excelencia, donde nuestra cultura nace, y que mejor que nadie representa el “Tío Borrico”, labrando el cante por los campos donde se ganaba la vida y al propio Flamenco se ganaba.

En su persona, su arte y su legado, no hay licencia para el olvido y sí para la admiración y sí para la justicia flamenca, que con las formas de la “Palma de Plata”, reconoce la Sociedad del Cante Grande Algeciras, y oficializa institucionalmente el Excmo. Ayuntamiento de Algeciras, para que el Tío Gregorio, vuele libre, como su cante, por la eternidad flamenca, que es la suya, y con su sonoridad latente, que es también la nuestra.

Algeciras es Flamenco, al Flamenco se entrega y por el Flamenco trabaja siempre, en clave de presente y de futuro, desde la Delegación de Cultura que me honro dirigir, volcando nuestro apoyo el tejido flamenco, que tanto sabe de dolor y resistencia, en esta pandémica secuencia de nuestra historia, de la que el arte y la memoria sonora del protagonista absoluto de este número 25 de la Revista de Flamenco Alyazirat, y el propio galardón a él concedido, de nuevo, nos salvan.

Enhorabuena pues, a quienes simbólicamente labran a diario esos campos del Flamenco, donde se inmortaliza al cantaor jerezano y a su legado, entre los surcos de la memoria de esta publicación flamenca de culto, que a Gregorio Manuel Fernández Vargas, “Tío Borrico de Jerez” nos conduce en imagen, tinta, talento y alma.

En campo de flamenco y sueños

Miguel Vega

Cuando sobre la tierra pura y fértil, la vega mostraba ante sus ojos y en surcos su dureza innata, poco imaginaba "Tío Borrico" que entre la escarda, el trillo y el varado de aceitunas, con su voz rotunda y prodigiosa, sobre esos campos de habas, trigo y cebada, su voz sin firma escribiese pureza en ese libro –el de la vida– donde se eterniza el Flamenco, cantiña al viento, con pañuelos anudados al sudor, bajo los cielos de Andalucía, con palabras de fuego y barro, pasando las fatigas de donde nace el buen cante, dictando sentencia.

Porque Gregorio Manuel Fernández Vargas, gazpachero en blanco y negro antes que temporero cantaor de ventas y cortijos cercanos, en tiempos sometidos de gasógeno y pan duro, frente a su Jerez natal, vinícola, moderno y universal, supo arrancarle siguiriyas al secano, bulerías a la siega y tarantos al regadío, para que la tierra fuese menos tierra, y la vida, mucho más vida, en flamenco y libertad.

Y a orgullo erguido, con los pies clavados en su patria jerezana, el cantaor gitano que le dio voz a sus campos y sueños al flamenco, el "Tío Borrico", de quien cuentan que en vida, al terminar de escucharlo cantar, había que limpiarse la boca y después los ojos, se hizo grande y se hizo eterno, para mayor definición del Flamenco, su esplendor y su pureza.

Fue entonces, cuando el campesino y el hombre, de estirpe de artistas, se labró su espacio en esta música clásica andaluza, y decidió en quejío y alma, que sus bulerías por soleá le alejasen de esos cultivos y esas faenas, donde amó y vivió, tanto como sufrió y cantó.

La historia lo recuerda como el arquetipo del cante jerezano, portador del espíritu de la tierra, cuya excelencia alcanzó en la madurez de un cante, cuyas verdades aprendió en la soledad del agro o repartiendo en burro el vino redentor tras la faena, dueño de una infancia que le sonaba a miedo de campanas, antes que su voz exabrupta, hermosa y contundente, primero las callase y más tarde, por él y por su cante, cada tarde en la campiña, tocaran a cielo, memoria y campo.

Y fue desde ese campo, que para cantar mudaba por tabanco, fiesta o colmao, donde el Tío Gregorio a jornal fijo, se curtió en flamenco y el flamenco le otorgó el respeto en vida y muerte, con el que el Flamenco a sus hijos reconoce.

Y es ese respeto, que solo con la admiración se cultiva, en campos de flamenco y sueños, el que ha propiciado que "Tío Borrico de Jerez", sea también reconocido en Algeciras, a título póstumo, con el prestigioso galardón Palma de Plata, que la Sociedad del Cante Grande de Algeciras, en nombre del Flamenco y su pureza concede, y que esta Revista Al-Yazirat difunde y agradece en plata y alma.

Algeciras, se identifica con la palma, una planta que nace de la tierra, en una ciudad que se abre al mar, y el mar no es sino otro vasto campo, una vereda azul que nos conduce al cante de Gregorio Manuel Fernández Vargas, aquel campesino que cantaba más fuerte que un borrico, aquel cantaor que fue más grande que la vida, y más flamenco que el flamenco que sabe que el "Tío Borrico de Jerez" es su memoria y su sentido, cuando por cada registro de su voz, grabada o recordada, doblan las campanas, sonando el cante y su pureza, por campos y por mares.

Tío Gregorio, el recuerdo de un cante

Manuel Martín Martín

Hoy no es ayer, pero si no queremos mortificarnos en el presente, recurramos al pasado, a aquellos recuerdos que nos dan la vida. Así que, de entrada, me permito felicitar a la Sociedad del Cante Grande por acordar, tan certeramente, que la XXIX Palma de Plata Ciudad de Algeciras recaiga en Tío Borrico de Jerez, un nombre que hace años demandaba saldar una deuda: la del agradecimiento.

Estamos ante un cantaor que rindió tributo a sus vivencias, lo que supone asociar la consonancia de su ideario expresivo con la tierra, el pensar, el modo de ser, las formas flamencas y, en fin, con todos los elementos que caben dentro de ese otro término que hoy definimos como cultura o identidad andaluza.

Tío Gregorio -como así lo llamé desde que lo escuché cantar en privado en El Volapié, cuando lo dirigía mi buen amigo Luis de Pacote-, mereció los más encendidos elogios de los cabales de su tiempo por plantear los recuerdos de la memoria oral colectiva, toda vez que en sus cantes no se archivaban mitos, sino leyendas de personajes muy concretos de su historia pretérita cuyos secretos fueron transmitidos de boca en boca, intimidades que no son sino aquellos recuerdos sonoros donde la familia gitana inventaba la vida sin importar si el mañana existiría o no.

Así visto, Gregorio Manuel Fernández Vargas, Tío Borrico, fue hijo de Fernando el Tati y

de María de la Luz Vargas Monge, sobrina del célebre seguiriyo Paco la Luz, amén de sobrino por línea paterna de Juanichi el Manijero. Nació el 15 de enero de 1910, según el DNI, aunque la realidad dice que fue el 3 de abril de 1910, en el número 29 de la jerezana calle Nueva.

Creció en el cortijo Casarejo, donde el padre era manijero de don José Domecq, de las mujeres de la escarda, y de niño fue conocido por Manolito el Tati. Su crianza fue en el campo de gazpachero, llevando la comida y el agua a las mujeres de la escarda, y luego de escardador, pero a los 18 años de edad, a instancias de su compadre Luis de la Maora, se hizo cantaor de fiestas, tabancos, ventas, colmaos y reuniones privadas junto a su primo El Sernita de Jerez, Tía Anica la Piriñaca, El Troncho y Rafael el Carabinero.

Fue, pues, su compadre Luis, también conocido por Luis Mojones, quien posibilitó que sus comienzos fueran en el cabaret La Espiga de Oro, en los Cuatro Caminos, en la carretera de El Puerto, y de ahí a una fiesta en Cádiz, hasta que, percatado de que en la fiesta ganaba 4.000 reales y en el campo 14 de sol a sol, decidió dedicarse de lleno al cante en un tiempo en que recordaba los sones que de niño había escuchado a Tío José de Paula, Tío Cabezas, Niño Gloria o José Cepero, aparte de las seguiriyas y soleares aprendidas del padre, El Tati, y del hermano de éste, su



Arriba: En Jerez (foto P. Carabante)
Abajo: Tío Juane, La Bolola y El Borrero (foto de Internet)

tío Juanichi el Manijero, de quien asimiló los cantes de Antonio Frijones, ese cante que, según él decía, "es nació del vientre de las mares".

Corría el año 1936 cuando Tío Gregorio contrajo matrimonio con la gitana cabecense Manuela Flores Ortiz, fruto del cual nacieron Manuel, María, Isabel, José y Luisa, de los que María fue una magnífica festera y mejor amiga, y Manuel, que por cierto estuvo bajo un tratamiento psiquiátrico en Los Pinos, el que mejor hacía los cantes del padre y el que más se parecía.

Pero centrado en su actividad artística, la memoria local registra actuaciones memorables en ventas como La Rosaleda, que la regentaba Benjamín; en El Artillo, de Sebastián Fernández; en La Pañoleta, que la administraba una sobrina de Antonio Berlina, apodado Buchitos, o la Venta de San José, que estaba en el parque, pero sobre todo en La Moderna, un café-bar que había en la calle Arcos, frente al Teatro Villamarta, donde en los años cuarenta del pasado siglo se inició El Sordera de Jerez, y que era frecuentada por El Troncho, El Batato, Tomás Torre, El Jero y el Niño del Jazmín, siendo precisamente en una fiesta privada donde recibió el bautizo del apodo de boca de Alfonso Domecq y González, cuando, tras escucharlo cantar, le dijo: "¡Anda, hijo, que cantas más fuerte que un borrico!".

Y así pasaría a la historia el hijo del Tati, llegando la fama de sus cantes hasta la feria de Sevilla, donde en la caseta Casablanca, del citado Buchitos, sorprendió a Pastora Pavón y a Pepe Pinto por seguiriyas, aparte de dejar su sello en Los Majarones, o en La Europa con su compadre Manolo Jero y ante Juan Jambre y el Niño de Barbate, por más que su fama traspasara fronteras sobre todo a

raíz de -como sostenía Juan de la Plata- cantar por primera vez, en un escenario para el gran público, al conseguir en 1967 la Copa Jerez en el transcurso del V Curso de Arte Flamenco de la Cátedra de Jerez, trofeo que se creó en recuerdo del que en 1933 se le concedió a Juan Jambre.

Pero esta presunta primera aparición escénica carece de rigor, ya que podemos afirmar que El Borrico cantó por primera vez al público a los 25 años de edad, en una compañía en la que figuraban Paco Cepero, Paco Espinosa, Juan el Batato, Luisa la del Torrán y Lola Flores, y que, según el mismo contaba, giró por Paterna de la Rivera, Espera y Olvera.

No obstante, tenemos otras apariciones con ese remoquete artístico. Por ejemplo, en la I Caracolá Lebrijana, celebrada el 9 de septiembre de 1966, así como en la II Caracolá Lebrijana, celebrada el 22 de julio de 1967, para quince días después figurar en la I Fiesta de la Guitarra de Marchena y comparecer, a continuación, tanto en el ya citado V Curso de la Cátedra de Jerez como en la I Fiesta de la Bulería, celebrada el 1 de septiembre de 1967 en el cine Terraza Tempul, en el mismísimo barrio de Santiago. Su siguiente aparición relevante fue en la III Caracolá el 20 de julio de 1968, así como en la II Fiesta de la Bulería de 1968, donde la Copa Jerez fue a manos de Terremoto. Y aún recuerdo haberlo escuchado en un bolo que se celebró a mediado de los setenta en la Plaza de Toros de Écija, donde formó el acabo por bulerías.

Pero lo suyo eran las fiestas privadas. Tío Borrico fue un ser nacido para la intimidad. Su cante no estaba elaborado con los condimentos artísticos para grandes auditorios, sino que fueron concebidos para las distancias cortas, donde nunca conoció rival. Unas botellas de

vino, un papelón de pescao frito y el fuego del cante, como se constata en las grabaciones domésticas secundado por las guitarras de Manuel y Juan Morao.

En tal sentido, tenemos que reparar en la serie de RTVE Rito y geografía del cante (1971 a 1973), que, dirigida por Mario Gómez, Pedro Turbica y José María Velázquez, tuvo el acierto de contar con Tío Borrico para cinco programas. A saber: En 1971 apareció cantando por martinetes a dúo con Agujetas de Jerez, y luego ejecutando la bulería por soleá con Manuel Morao. En 1972 le vimos en otras dos ocasiones que fueron en La Canariera, en las afueras de Jerez, cantando y bailando por bulerías, y después cantándole para bailar a Tía Malena Pantoja. Y ya por último, en 1973, en la taberna El Volapié, donde se le hace una entrevista a Tía Anica la Piriñaca, en la que ésta confiesa que la soleá que ella

hace es del padre de Tío Gregorio.

Empero, a lo largo de su trayectoria Tío Borrico estuvo escoltado por las guitarras de Diego Carrasco, Gerardo Núñez, Niño Jero, su sobrino Parrilla de Jerez y Paco Cepero, entre otros, sin menoscabo de que en la discografía sólo se hizo acompañar por éstos tres últimos.

Entramos, por tanto, en una obra discográfica en la que se presenta en sus inicios con el nombre de Manuel Borrico y que arranca en 1967, cuando se desplaza a Madrid para grabar con Terremoto, Sernita de Jerez, Sordera, Romerito y El Diamante Negro el magnífico álbum *Canta Jerez*, en el que impresiona, con Paco Cepero, soleares, y comparte con los citados y la guitarra de Paco de Antequera las bulerías *Fiesta en el barrio Santiago*, sin duda una de la fiesta más cabal de la historia de la discografía.



1970. Borrico, Antonio Benítez, Manuel y Juan Morao, El Jero y otros.

Ese mismo año de 1967 aparece, también con Paco Cepero, en el LP Canta Jerez Vol. 1, y un año después, en 1968, sale a luz el Archivo del cante flamenco, antología de seis discos producida por José Manuel Caballero Bonald en la que a Tío Borrico se le incluye en el Vol. 3 con una soleá que va de Alcalá a Utrera, secundada por Parrilla de Jerez. No obstante, el Archivo fue grabado en 1962 y Tío Borrico grabó más cantes que se editarían a partir de 1971.

Sin perder la estela de nuestra propuesta, la siguiente grabación nos llega por partida doble desde Lebrija, precisamente el año 1971, pues se grabaron dos LP con la guitarra de Pedro Peña, Siempre Jerez y Fiesta en Lebrija.

Significamos, mismamente, que en 1973, y bajo la producción de Antonio Murciano, aparece Tío Borrico secundado por Niño Jero en el doble álbum Nuevas fronteras del cante de Jerez (RCA SCL2-2058), concretamente en el segundo, Fiesta en La Plazuela, donde canta unas bulerías antiguas de Jerez (Anda y dale, dale). Y ya por último, el 23 de octubre de 2010 la Agencia Andaluza para el Desarrollo del Flamenco presentó el CD Cien años de Tío Gregorio El Borrico, donde incluyen cuatro cantes inéditos con Pedro Bacán en Morón de la Frontera, y tres ya editados con Parrilla de Jerez, aunque se dieron a conocer como "cantes inéditos".

Dicho esto, de toda su obra destaco primero su voz, que constituye una noción medular de fuente de vida, que es lo que el flamenco nunca debió dejar de ser. Segundo, su posición ante los tercios, pues, como buen cantaor de cuarto, lo suyo siempre fue invocar al cante como autodeterminación y como género que no necesita de disfraces para hacer palpitarse a los oídos selectos. Y en tercer lugar, la

tipología de su repertorio discográfico, del que destaco las bulerías por soleá que Tío Borrico recogió tanto de Antonio Lapeña -después de que éste las recreara a partir del Sordo la Luz-, como del Niño Gloria, y las bulerías de propia adjudicación y de rango superior que se prendieron en las paredes de los tabancos con los alfileres de la pena (Allá en el monte Calvario, Ponte donde no te vea, Esa es la verdad y Ay mire usted).

Mismamente, hay que resaltar el modo con que atajaba los fandangos de su paisano Cepero (Los cinco capullos), y las seguiriyas de Tío José de Paula (Yo ya no encuentro puerta), la trianera de Frasco el Colorao (Yo salí de la Breña) y la cabal portuense del Fillo (Desde la Porvera), además de su palo preferido, la soleá, y no aludo a los estilos de Joaquín el de la Paula o El Mellizo, donde recreaba a su antojo, sino principalmente a las variantes de Frijones aprendida de su tío Juanichi el Manijero (Ponte tú a pensá en mi querer), de La Serneta (Dulce meloná), dos de Joaniquín (Yo se lo pío Jesús mío y A un pocito yo me voy a echá) y una jerezana de cuño propio (Diez años después de muerto), sin olvidar el martinete de Luis de la Maora (A mí me llaman el loco) y de un primo de éste, Paco el de la Melé (Que ya no soy aquel quien era), fueron las credenciales de este maestro inolvidable.

Esta es, a grandes rasgos, la aproximación a uno de los cantaores más geniales que he conocido, Tío Borrico. En los primeros años setenta vivía de su cante en la Venta Los Cuatro Muleros, pero un año antes de su muerte, en 1982, lo operaron de uno de sus pies por mor de la gangrena y subsistía de lo que ganaba su hija, María la Burra, que tenía que salir a fregar. Vivía en un humilde piso de la calle Ntra. Sra. de los Reyes, número 2, en la Barriada de la

Asunción, y a partir de ahí se le paralizó medio cuerpo hasta sobrevenirle el desenlace fatal.

Murió a causa de una trombosis cerebral a las seis y media de la madrugada del 12 de diciembre de 1983, y al día siguiente, después de la misa celebrada en la Parroquia de Santa María de la Asunción, fue enterrado -en el nicho número 29 del bloque 4- en el cementerio de Ntra. Sra. de la Merced ante unas 200 personas, doscientos corazones agradecidos que fuimos a dar el último adiós. Era martes y 13, y vi cómo a la frialdad de la despedida se unió el frío glacial de una mañana donde hasta los flamencos de Jerez dejaron en soledad a uno de los pilares del cante de su tierra, al hombre que cantaba por no llorar, mientras que aquel 13 de diciembre, a los que tanto lloraron con su cante, se les quedó seco el pozo de las lágrimas.

Media hora después, en el nicho inferior, enterraron al guitarrista Sebastián Núñez. Y arriba quedaban unas iniciales G.F.V., escritas con tiza verde y la fecha de la muerte de quien no ganó adeptos, porque era un cantaor irrepetible por su hondura expresiva, pero sí contó con fieles que dieron una mayor conciencia al valor de sus cantes y de su obra, como se pone de manifiesto en Almería, cuya Peña El Taranto le dedicó un recital cinco días después de su muerte a cargo de José Mercé, lo que le permitió su verdadera plataforma de lanzamiento después que lo contratara Lucas López, o la publicación en 1984 del libro editado por el Ayuntamiento de Jerez, Tío Gregorio Borrico de Jerez. Recuerdos de su infancia y juventud, de José Luis Ortiz Nuevo.

A partir de ahí vendrían los homenajes que se hicieron en su honor tanto en el teatro Lope de Vega, de Sevilla (1984), como en Jerez, en cuyos actos se le rotuló una calle con su

nombre en su localidad natal, y luego, en 1995 apareció su voz en cuatro cantes grabados en directo en la colección Historia del Flamenco, de la editorial Tartessos. Más tarde, la Peña Tío José de Paula le dedicó su Otoño Flamenco 1999, y en 2007 José María Castaño lo incluye en su obra De Jerez y sus cantes.

Llegado el centenario de su nacimiento, en octubre de 2010, la Federación de Peñas Flamencas de Cádiz le honró con un circuito provincial; el Teatro Villamarta, de Jerez, acogió el espectáculo Cien años de Tío Gregorio El Borrico, y con el mismo título el Centro Don Antonio Chacón, también de Jerez, atendió la presentación del libro del mismo nombre con fondos documentales del Centro Andaluz de Flamenco (CAF) y redactado por José María Castaño, Alfredo Benítez y Gonzalo López, y ya en la jornada del 23 de octubre el CAF completó la programación con una mesa redonda conformada por flamencólogos y artistas.

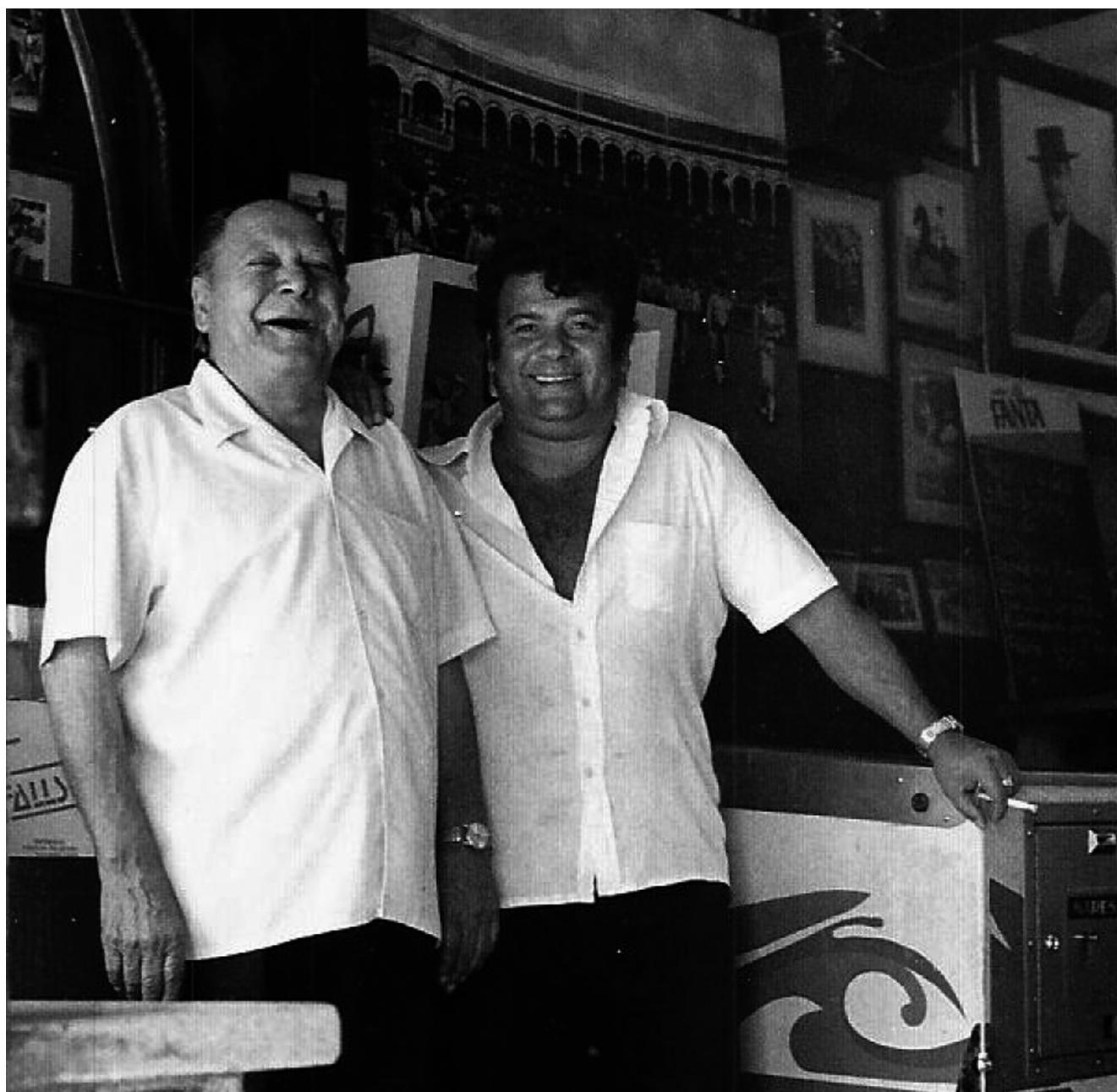
Pasada aquella efemérides, el amor fue tan corto como largo un olvido que, mientras tecleo el ordenador, me retrotrae al barrio de la Asunción, donde un lluvioso día de noviembre de 1981 tuve la oportunidad de escuchar en una fiesta a Tío Borrico. Me lo presentó Miguel Acal, el decano entonces de la crítica, y, junto a su compadre Pedro de Miguel, pude disfrutar de su cante durante toda una jornada. Fue en El Volapié, y entonces comprendí que Tío Gregorio era un eslabón imprescindible de la cadena gitana del cante, la grandeza que subyace en lo que podemos llegar a perder, como si empezáramos a darnos cuenta de la riqueza del lince cuando esté ya muerto o enjaulado.

Así, querido lector, quiero poner punto y final a esta aproximación a un cantaor genial,

Tío Gregorio, un compilador de testimonios sonoros que se fue de este mundo sin el reconocimiento debido. Tío Gregorio fue un grande de la historia de la música jonda de este país, y, por el contrario, quedó abandonado a su suerte. Un juguete roto y sin dinero, dejado por la providencia en el Jerez de la hipocresía y el colectivo artístico de las vanidades.

Obvio es decir que gocé de su amistad y disfruté de sus cantes en vivo. De él aprendí que la juventud vive de la esperanza y los mayores de

los recuerdos. A día de hoy, Tío Gregorio no me necesita. Tiene mi recuerdo que vale más que los elogios interesados. Por eso, ahora, cuando la Sociedad del Cante Grande le dedica la acreditada Palma de Plata, la mejor manera de honrarlo es decirle a nuestros jóvenes que sólo hay una cosa que supera no haber escuchado en vida a Tío Borrico: hacerlo ahora a través de sus grabaciones. Entonces comprenderán todos que, en la historia del flamenco, el recuerdo que deja un cante es más importante que el cante mismo.



Julio 1980. En el Volapié con Luis de Pacote (foto Antonio España).

Tío Borrico

Pedro Miguel De Tena



El Borrico en Arcos, 1982 (foto Pedro Carabante).

¿Dónde se puede encontrar la belleza? Le preguntaba a su amigo.

No sé, le contestaba éste. Supongo que en cualquier parte.

No. La belleza siempre está en lo más sencillo. No está en un cuadro, sino en cada pincelada. No está en una escultura, sino en cada golpe en el cincel. No está en el flamenco, sino en cada uno de sus cantes.

Allí con mi Soleá,
donde lloro mi falta,
siempre quiero volver:
entre Porvera y Ancha.

Los adoquines eran resbaladizos, aún húmedos de la fina lluvia que había caído por la tarde y del relente con los que son regados en esas noches de frío invierno. Mi cuerpo encorvado. Aterido. La pequeña cuesta que subía convertía a Jerez en pueblo de sierra. El cuello de la pelliza subido intentando paliar el frío. Inútil. Tiritones y destemplanza. En mi mente solo una idea: llegar a casa y “echar una firma al brasero”. Que calor más agradable.

El reflejo de cada adoquín, como si de una película en blanco y negro se tratase, me iba contando historias que sucedieron en esa calle. Veo el baile acompañado por bulerías de una gitana vieja. En otro las manos

labriegas de un hombre que acompaña al cante. Sigo andando. La calle es como una filmoteca que se abre bajo mis pies. Puedo ver con claridad como un viejo golpea con su bastón el suelo a compás de soleá. El juego de unos niños: corriendo a ritmo de bulerías. Cada puerta una historia. Cada farola un secreto.

Empedrado de la calle,
tú que has vivido,
cuéntame las historias
del que aquí ha nacido.

Mi caminar cansino comienza a ser ciertamente agradable. Las vidas que encierra la piedra me hacen sentir parte de ella y olvidar la fría noche. La luz tenue de una farola, como un proyector antiguo de barrio, me muestra una muchacha recostada sobre la pared; su acompañante la mira fijamente a los ojos y tras un breve periodo de tiempo empieza a susurrarle al oído:

El que se emborracha
No aprecia el vino.
El que lo huele y degusta
sabe qué es buen fino.



En Los Cernícalos (foto Pedro Carabante).

Más adelante, en el portón de una casa, abierto de par en par, se puede escuchar un jaleo tremendo. Fiesta. Gritos. Cantes. Es el bautizo de un niño. Alegría indescriptible. Bulerías con soniquete de feria. Me invitan a pasar. Me quedo mirando, casi paralizado. Puedo ver cómo el nacimiento olvida las penas del momento. Confundido por la emoción acepto la invitación. Todo se desvanece.

A la luna le ha pedido
Paula con el capote,
Que el que ha nació
Nunca se roce.

Carbones de fragua
En su garganta:
pañuelillos de seda
para el que canta.

Y es tan sentío
y es tan sentío
el cante de Borrico,
Como el nació.

Una madre, agarrada a los barrotes de una ventana, llora la ausencia del hijo que se fue. ¿Qué le pasa señora? Mi hijo le han vestido de verde. ¿De verde? Sí. Y ya ve usted, si a él no le gusta ni en el plato. Él que llegaba a casa para echarse la siesta después del gran esfuerzo de levantar unos vasos de vino..., ¿dónde va a ir él sin el agüita del tabanco? Es posible que le venga bien estar un tiempo sin beber, señora. No, hijo, no; él es como las ranas, necesita el líquido para vivir. Y del llanto pasa a la guasa cantando por bulerías:

Fatiguitas que yo he pasao
en la cría de un hijo,
pa que luego sea soldao.

Y mire usted,
Y mire usted,
¿cómo un soldaito de plomo
les va a defender?

Más adelante la noche ennegrece y se silencia. Varios hombres en la puerta de una casa, vestidos de negro y fumando. Nadie habla. Nadie llora. Sólo el silencio más absoluto. A medida que me voy acercando la pena se apodera de mí. No sé qué hay en esa casa, pero presiento que la invade la mayor de las desgracias. Le pregunto a una persona que se aproxima. ¿Qué ha sucedido? Un "chavea" de veinte años que ha muerto de repente. Esto es la vida: unas casas más atrás la alegría de un bautizo, y ahora la angustia de la muerte. Me apetecía pedirles un cigarro y unirme a su coro para sentir su dolor. No lo creí oportuno. Un desconocido no debe... sobre todo en estos momentos. Justamente cuando pasábamos se escuchó este cante de modo desgarrador:

El sol me da frío,
No hay noche serena,
Y yo no encuentro un sitito en el mundo
Para aliviar mis penas.

Mi acompañante me aclara que es el cambio de "El Tuerto la Peña". Sé que son unas siguiriyas, desconozco el estilo, pero se me han clavado como un estilete.

El carrusel de emociones no se detenía ni un momento. Pasábamos de la alegría al dolor en un instante. Las lágrimas eran derramadas por motivos muy diferentes: alegría, pena, nostalgia, amor, desolación...

Unas casas más adelante estaban iluminadas con luz blanca e intensa. Daba la sensación de haberse esfumado la noche gélida. Las personas entraban y salían de las casas, pero el lugar de

celebración era la propia calle. Gritos. Alegría. Alborozo. Una chica joven de tez morena era llevada en hombros mientras los asistentes entonaban un cante: yeli, yeli, yeli...Algunos lloraban mientras se rompían su camisa. Un ambiente que te envolvía y te animaba a entrar. Lo hicimos: nos abrazaron y zarandearon. Fue maravilloso.

Me gustan los tientos ligaos,
Me gustan los cantes sencillos,
Me gusta el compás de unas palmas
que orientan los aires perdidos.

Iba pensando, mientras caminaba por la calle, que cada cante que había escuchado esta noche eran las vivencias cotidianas de un pueblo. En cada nota, letra, quejío...estaban encerradas las almas de un pueblo que ríe y sufre a la vez.

Esta noche habíamos sido miembros de una pequeña reunión de cante, celebrada en una bodega de Jerez. Me había invitado mi amigo. Me comentaba que iba a ser una gran noche. No se confundía. Hacía tiempo que no pasaba un momento así. Nos acompañó un cantaor de Jerez, un tal "Tío Borrico", según me dijo mi amigo. Acompañado de un primo suyo: Parrilla. ¡Qué manera de tocar! Los sonidos de sus cuerdas envolvían toda la bodega, resonaban y volvían una y otra vez. Esos bordones subiendo a lo alto de las bóvedas centenarias parecían los cascós de los caballos cuando tocan a rebato. Cada bordonazo se mantenía en el aire de modo indefinido, como si no quisiesen irse de ahí nunca. Y es posible que así fuese. Los cantes de "Borrico" parecían ser extraídos, gota a gota, de las soleras madre que nos rodeaban. Mientras cantaba, no sé por qué, su voz me llevaba a hacer un recorrido por todo el proceso que ha tenido el vino que nos acompañaba, y que teníamos en nuestras copas, todo lo que había costado que estuviese ahí: sembrar las cepas y

esperar años a que den buen fruto, vendimiar, transporta, pisar, meter el líquido en las botas, esperar años para que desarrolle...todo este recorrido me parecía que había sufrido, también, el cante de "Tío Borrico". Esperaba con ansiedad poder amanecer en este lugar. Ver cómo el sol entra por las altas ventanas e inunda el lugar de tenues colores. Seguir apreciando y saboreando todo lo que el entorno me proporcionaba. No existía sentido que no estuviese excitado. Pero la noche se terminó y no pude ver cómo nos iluminaba el amanecer.

Cuando llegas a casa con la espalda escarchada y echas una firma al brasero, te arropas con la saya de la camilla, el tiempo se detiene. Al principio es un golpe fuerte de calor. Te acurruga, te abraza. Poco a poco va suavizando y penetrando en ti, te tranquiliza, sosiega. ¡Qué momento! Pareces volver al vientre materno. Siempre buscamos la calidez del origen. Así es el cante de Tío Borrico: un latigazo que te envuelve de dulzura. Tiene música hasta cuando respira.

Nunca un antónimo definió mejor a un cantaor: "¡Qué voz más bestia! ¡Qué barbaridad! ¡Qué voz más bruta y más borrica!

Tratas con sentencia,
Indomable referente, cante tenebroso.
Orgullo de tu existencia.
Báquica de esencia,
Oblación y generoso.

Recogiste el manto.
Reguero en conciencia, caminando por senda.
Inconfundible es el llanto,
Cante sin amanto.
Oración sin enmienda.

**"Ole la jondura y los cantes de verdad.
En memoria de Tío Borrico"**

Por dentro y por fuera

Juan Antonio Palacios Escobar



Archivo Cátedra de Flamencología de Jerez. Centro Andaluz de Documentación del Flamenco.

Gregorio Manuel Fernández Vargas, "Tío Borrico de Jerez". Llamarle a alguien Tío en el mundo del Flamenco, como dicen dos sabios de nuestro sentir artísticamente más genuino, como afirman mis amigos y maestros Pepe Vargas, Luis Soler, y me decía de chiquitito mi abuelo paterno Antonio, es un mérito y un reconocimiento. Poca gente puede tener ese privilegio, aunque

a muchas familiarmente se les diga.

De Jerez a Jerez, de 1910 a 1983, 73 años en un espacio, cátedra del Cante Flamenco. Pero he de confesaros qué aunque dicen que te fuiste de este mundo, no es verdad, tu arte permanece con nosotros y ante tanto camuflaje y maquillaje estás más vivo que nunca.

Así que, querido Gregorio, tú que eras de poco moverte de tu tierra, de escasos Premios y ningún artificio, a pesar de tu autenticidad y de tus muchos méritos cultivados en ventas, fiestas y tabancos, entre cabales e intimidades, sé que te agradará saber, que gente que ama el FLAMENCO, como tú, te ha concedido una de las distinciones más importantes en este maravilloso mundo que se identifica con lo gitano, lo andaluz, la alegría y el quejío.

La Sociedad del Cante Grande, una de las instituciones flamencas con más solera y tradición te ha concedido la XXIX Palma de Plata "Ciudad de Algeciras" y el homenaje a tu figura tendrá lugar el viernes 19 de Noviembre de 2021 en el Teatro Municipal Florida.

Dominabas casi todos los cantes, pero no voy a hablar de ello porque a lo largo y ancho de estas páginas lo harán con más conocimiento que yo mis compañeros de faenas literarias en esta Al-Yazirat en las que van a decir muchas cosas bonitas de tu forma singular y única de hacer e interpretar el FLAMENCO.

Si me permites, y con todo el respeto, como aficionado y como psicólogo, voy a intentar hacerte un retrato con ideas y palabras. Eres cantaor desde que te parió tu madre, aunque tuviste tus buenos maestros, ya que estabas emparentado con los Rincones y entre tus antepasados se encontraban Paco y el Sordo La Luz, pero donde hay buena tierra se recoge la siembra.

Tu arte es increíblemente auténtico hasta las trancas, por su esencia, su jondura y su autenticidad. Por dentro y por fuera, cantaste en primer lugar de tu padre el Tati y de tu tío Juanichi el Manijero, sin olvidarnos del Tío Parrilla, que fue bailaor, guitarrista y cantaor, vamos trío de ases, en la masa de la sangre.

Mucha gente se pregunta porque te llamaban y te denominan el Borrico y tal vez algunos lo intuyan pero no lo sepan a ciencia cierta, y es que tu padre Fernando Fernández "El Tati" trabajaba para don José Domecq como manijero de las mujeres que realizaban la escarda, consistente en separar las malas hierbas de las buenas y arrancar las nocivas, para que la calidad y tamaño de la producción sea optima, porque de lo contrario las malas se quedarían fuera con la luz, el agua y los nutrientes.

Pues en una fiesta organizada por Juan Pedro Domecq, en la que, según el testimonio de Gregorio, al escuchar su cante, Alfonso Domecq y González exclamó sorprendido :!Qué voz más bestia! ¡Qué barbaridad! ¡Qué voz más bruta y más borrica!

Gregorio era de las buenas hierbas desde pequeño, y a sus origines camperos, y a su infancia en ese medio que tanto influyó en el cante, podemos añadir otras muchas para completar el cuadro, el retrato o la fotografía de Gregorio , "Tío Borrico".

Añadan ustedes, la mayoría de las veces, en blanco y negro, alguien sin dentadura, casi siempre con un cigarro en su mano izquierda, limpio y aseado, con su chaqueta cruzada, y su vaso de vino en la mesa, a mano, una guitarra dispuesta, aunque no le hiciera falta, porque sus nudillos o sus manos eran el mejor instrumento para seguir el son del cante que interpretara.

Un personaje extraño y único, que apenas salió de su TIERRA, Jerez, que entre cortijos, fiestas y reuniones, cantaba desde las entrañas, para adentro, con desgarro, fuerza, misterio, magia y encanto, rancio, gitano y bravío, primitivo, y como decía en uno de sus cantes:

A mí me llaman el loco
porque siempre voy callao,
llevarme poquito a poco
que soy un loco de cuidao.

O como decía de él en un poema Manuel Ríos Ruiz:

Tío Borrico el Cantaor
Sobre el mostrador divaga.
Un sol nocturno en la copa
le calienta la garganta

Cuanto respeto infundes, como rezumas tu genio, que profundidad, para ponernos los pelos de punta, eres como un manantial de los metales del flamenco, inimitable, increíble, y además de gran artista, eras una gran persona, jamás se te oyó quejarte como no fuera para cantar.

Con tu cante, con tu toque de nudillos en la mesa con tu pataíta para rematar con tu cuerpo unas bulerías, expresabas todo lo vivido y lo sentido. Cantabas, no solo con la voz, sino con todos los sentidos, en las calles, en los patios, los tabancos, sonaba tu son inigualable.

Desde un rincón del Barrio de Santiago en tu tierra del alma, Jerez, se oía la explosión de tu voz, desde la intimidad o la fiesta, la de Gregorio Manuel Fernández Vargas y todo retumbaba, por dentro y por fuera, y todos se emocionaban y conmovían.

Decir las palabras justas, pronunciar las que son precisas y dejar como todos los grandes espacios para los bajos y el silencio, marcando el COMPÁS. Vivir para el flamenco con todo el sentimiento e intensidad. Ole por siempre, Tío Borrico.



Lo que inventan los gachós

Luis López Ruiz

A lo largo de la historia del flamenco, es fácil encontrar nombres - apodos o sobrenombres, más bien - que, por su sonoridad y sobre todo por su significado, no dejan demasiado bien parado al personaje concernido. Y no me refiero a todos aquellos con cuyos apelativos podría conseguirse un auténtico zoológico (el Gallina, Caracol, el Bacalao, la Coneja, Camarón, María la Jaca, el Mochuelo, el Abejorro, el Mono...) ni a aquellos con los que podría montarse un amplísimo complejo gastronómico (Habichuela, el Tomate, el Garbanzo, Chocolate, Tomatito, el Berza, Merenguito, Perejil...) sino a aquellos otros cuyos nombres o sobrenombres encierran un significado displicente o incluso vejatorio. Son nombres artísticos que difícilmente podrían aparecer en la cartelera de un espectáculo o en la programación de un teatro sin producir rubor o vergüenza (Malospelos, Pataperro, el Cagón, el Teta, Tragabuches, el Tonto Linares, Labioburra, Tragapanes, Cagoncín, Juan Jambre, Chorrojumo...) Y, con todos ellos, el Borrico, por supuesto.

No sé si a todos estos personajes les sentaba mal que les llamasen así o no. A Gregorio Manuel Fernández Vargas parece que no. Y no digo esto porque él confesara que le gustase que le llamaran de esa forma pero habla del nacimiento de este apodo con una naturalidad que asombra. Lo cuenta José Luis Ortiz Nuevo, en su libro «Recuerdos de infancia y juventud». Lo llamaron los Domecq para que cantara y dice el cantaor:

Me asenté, me tomé una copita y canté, y cuando salí cantando, le dio a don Alfonso Domecq por decir: ¡Qué barbaridad! ¡Que voz más bruta tienes! ¡Que voz más bruta traes de Casarejo! Digo, la que me ha mandao Dios, don Alfonso. No, pero cantas muy

flamenco y muy bien, pero una voz muy fuerte, muy fuerte, borrica, ¡Que voz más borrica!

Y borrica, borrica: el Borrico, y ya me lo dicen vos. No hay ni la más mínima queja ni síntoma alguno de lamentación porque así le hayan llamado. Lo asume con total normalidad: el Borrico. E incluso parece que lo tomara como gentilicio natural de la familia porque - que yo sepa - nunca le ha parecido mal que a su hija se le haya conocido como María la Burra.

Y es que el Borrico entraña una personalidad compleja, conjunción de ingenuidad y primitivismo. Era un ser rústico y simple, toscos y casi silvestre, elemental y rudimentario. De él se cuentan anécdotas que impresionan por su simplicidad y candidez. Recuerdo, por ejemplo, cuando le descubrieron - y lo narra con una campechanía que, a cualquier otra persona hubiese llenado de sonrojo - que su madre lo abrigaba poniéndole su propia ropa interior. Dice con absoluta sencillez: «Hacía mucho frío, no tenía abrigo y llevaba yo unas bajeras de mi madre, de esas de franela gorda y las llevaba por debajo de la camisa para abrigarme». Y lo cuenta con absoluta normalidad, sin importarle el ridículo que produciría que se supiera tal cosa.

Otro episodio digno de mención fue el de las fatiguitas de muerte que pasó en el Talgo cuando fue a Madrid por primera vez (y esto se ha contado ya muchas veces). Se puso el hombre a fumar tan ufano, porque entonces se podía hacer en el tren. El problema vino cuando se fue formado la ceniza y no sabía qué hacer con ella hasta que otro pasajero, viéndole en apuros, le indicó que tenía un cenicero en el brazo del asiento. Contaba luego él que, cuando pudo liberarse de ella, se sintió el ser más feliz de la



Archivo Cátedra de Flamencología de Jerez. Centro Andaluz de Documentación del Flamenco

tierra. Y es que los personajes de su estirpe atesoran historietas sublimes.

Tengo un cuñado médico que me contó que, una vez que atendió a Terremoto en el hospital, estando francamente mal, le dijo: «Fernando, como sigas así... (y le hizo el clásico gesto de empinar el codo apuntando a la boca con el pulgar), te vas a morir.» Al hombre le impresionó aquello y estuvo algún tiempo sin beber hasta que un día se le olvidó o no pudo más, cogió una botella, se fue a la puerta del cementario - que entonces estaba en Sto Domingo, 12 - y, sorbo a sorbo se la bebió entera. Y nada más terminar, palpándose para cerciorarse de que estaba todavía en este mundo, empezó a dar saltos gritando: ¡Es mentira, es mentira! ¡Me he bebido una botella entera de La Ina y no me he muerto!

De todos es conocida la anécdota de Tía Anica la Piriñaca cantándole saetas a la luna en el cortijo La Sierra con dos de su ralea: Rafael el Carabinero y el Borrico. Yo estuve visitándola en su casa de la calle de la Sangre, 23 poco después de la muerte del Borrico, su íntimo amigo. Por cierto que, al hablarle

de Gregorio, se le heló esa extraña sonrisa que tenía y con la que, inexplicablemente, remataba sus cantes. Y se lo pregunté. ¡Yo que sé! ¡Las cantaría! Yo he cantao de to: por soleares, por seguiiyas, por bulerias... A eso le llamaba la Piriñaca de to. Porque la verdad es que, el repertorio de los cantaores de Jerez, suele ser muy limitado; el de ella, el del Borrico y el de tantos otros, también pero ¡qué cantes! No digo que sea lo mejor que he escuchado ni la mejor soleá que hay (decir cosas así es una estulticia) pero sí confieso que, pocas soleares me han llegado tan dentro como ésa del Borrico que dice:

Del color de cera virgen
que tengo yo mis propias carnes.
Me ha puesto esta flamenquita
que no me conoce nadie.
¿Qué me has hecho tú, flamenca,
que no me conoce nadie?

En esa soleá, hay un dolor en cada quejido, una queja en cada quiebro, y un sollozo en cada lamento que a mí, terminado de escuchar el cante, también me puso que tampoco me conocía nadie.

Estos cantaores - de Jerez especialmente - son seres ingenuos e infantiles, de una tremenda espontaneidad, de los que cabe esperarlo todo. El Borrico no sabía leer pero, a pesar de eso, todas las mañanas se iba a un bar de su barrio, Santiago (quizás el antiguo «Boquerón de Plata» pero no lo sé seguro) pedía un café y el periódico. No sabía leer pero fingía que lo hacía, engañándose de paso a sí mismo. Un día, mientras estaba «leyéndolo», entró un malagueño de los muchos que hay por aquella tierra nuestra - porque yo soy del Puerto - y le dijo: Gregorio, no te creas na del periódico que to lo dice al revés. Porque era así como estaba «leyéndolo.»

Claro que a cuenta de su analfabetismo hay un interrogante. Según múltiples testimonios, era analfabeto pero él cuenta, en el ya mencionado libro de José Luis Ortiz Nuevo, que a él le enseñó a leer su abuelo, José Vargas, en las gañanías de Jerez. Lo hacía por el «método antiguo», o sea, aplicando aquello de que «la letra con sangre entra». Aunque también resulta difícil creer que su abuelo supiera leer e incluso que supiese enseñar. En fin... Lo que haya de verdad en todo ello, yo no lo sé. Lo que sí sé es que, en otras ocasiones, confesaba abiertamente su ignorancia como en ese cante suyo tan sentido que dice:

En el barrio de Santiago
dicen que han puesto un letrero.

Como yo no sé leer,
ni me importa ni me entero
por qué pintan la pared.

El Borrico empezó a cantar en público muy tarde. Tenía ya casi 60 años y mucha solera acumulada por supuesto. Según parece, lo hizo por primera vez en los V Cursos de la Cátedra de Flamencología de Jerez aunque él también le cuenta a Ortiz Nuevo que «Tenía 25 años y era la primera vez que yo canté en público, la primera vez que trabajé en una compañía. Que eso fue en Paterna de la

Rivera, Espera y Olvera.» Debió ser, sin embargo, algo ocasional y no significa que trabajase como artista profesional de forma continuada. Y, si no me equivoco, las primeras grabaciones las realizó en Madrid con José Blas Vega, para Hispavox, en 1967, para el disco «Canta Jerez.»

A los que tienen voz tenebrosa o de ultratumba, suele relacionárseles con la cueva, el cántaro, la caverna, el sótano... (Caracol, Talega, según parece, El Fillo...). El Borrico está en esa lista y en primera fila. Es una voz áspera, ronca, bronca, de troglodita. Es de los cantaores que, hasta a los neófitos, les resulta fácil reconocer. Eso personalísimo que no se confunde con el de ningún otro. De como era su cante y la impresión que me causaba, ya he dicho algo. Bueno será remitirse ahora a lo que han dicho otros.

Según Manuel Ríos Ruiz - que tan bien lo conocía - «canta más degustando el son que el sonido. El cante del Borrico es enjundioso, bronco como un potro y negro como una piconá. Es un luto de arcaica música milenaria». Otro que lo conocía bien era Juan de la Plata, que nos dejó dicho: «El cante del Borrico era la pena quejumbrosa de toda una raza.» Y Juan tenía razones más que sobradas para saber lo que decía.

Para José Blas Vega «el Borrico era la pureza. Cante enjundioso con un contenido heredado de siglos.»

Finalmente, el testimonio de José Manuel Caballero Bonal: «Su cante era un magnífico resto de naufragio.» Creemos que no se puede definir mejor. Como ya se ha dicho, lo había contratado José Blas Vega en 1967 para grabar el disco «Canta Jerez» (el mejor disco de flamenco jamás grabado, al decir de muchos). Y me contaba José que, cuando el Borrico oyó su propia voz grabada, se echó a llorar de emoción. Parecía áspero y bronco como un cardo pero era un ser ingenuo al que le rebosaba la ternura y la capacidad de asombro. Lo que inventan los gachós.

Tío Borrico: alegato por la pureza

Ramón Soler Díaz



Tío Borrico con la Perrata y Tía Anica.

En el diccionario entran y salen palabras continuamente. Las hay que se inventan o que se adaptan de otros idiomas y las hay que caen en el olvido. O sea, la vida.

Una que tenía bastante predicamento en el flamenco hace dos o tres décadas era «pureza». Pero cayó en desgracia. Llegabas a una tertulia de aficionados, la mentaba alguien y todo el mundo sabía a qué se refería, no requería una explicación, una

definición científica, como no hace falta para entender las grandes palabras. El uso apropiado –el lenguaje recto– se encarga de matizarla.

La nueva flamencología tiró la «pureza» por la borda porque descubrió –¡válgame un Debé del cielo!– que el flamenco es mestizo, impuro por naturaleza, mezcla de muchas tradiciones, como si las generaciones anteriores se hubieran caído de un guindo

y no supieran que las jotas derivaron en alegrías, que las dulces nanas de las madres que nos parieron parieron las livianas o que un artista con arte y compás es capaz de fusionar cualquier canción de moda al compás de la bulería. Y es que como bien dice Jorge Pardo –tocaor puro de flautas y saxos–, «toda pureza es una mezcla olvidada».

Había interés en asociar «pureza» con «inmovilismo», o sea, con «puritanismo» (y por tanto «purista» con «puritano»), cuando los flamencos de verdad pueden ser cualquier cosa menos puritanos. Muchos picaron el anzuelo y confundieron modernidad con ramplonería, con vaciedad, en definitiva, con posmodernidad. Quedó sentenciado que el que hablara de «pureza» era un «purista», esto es, un ser retrógrado que vivía en las cavernas o en sitios peores: peñas flamencas ancladas en el pasado donde colocan ristras de ajos ante flautas y cajones peruanos para que se espanten. ¡Pero vamos a ver, si ya se sabe que lo único puro son los elementos de la tabla periódica!

Llama la atención que esto no haya ocurrido en ámbitos distintos del flamenco donde nadie se hace tres cruces al escuchar hablar de la «pureza». Así, en arquitectura, la «pureza» se refiere a las construcciones fabricadas con pocos accesorios decorativos y con materiales simples y naturales. En el toreo –un arte con larga tradición de tratados estéticos, ya sean escritos u orales– están las definiciones de Juan Belmonte («parar, templar y mandar»), Domingo Ortega («parar, templar, cargar y mandar») o Rafael Ortega («citar, parar, templar y mandar, y a ser posible cargando la suerte»). Con todo y con eso, siempre hecho con «justicia» y sin adornos innecesarios. Y qué decir de la «poesía pura», la que huye del lenguaje inflamado, rebosante de retoricismo, y que caracteriza a un Paul Valéry o a un Juan Ramón Jiménez. León Felipe al principio de Versos y oraciones del caminante da en el clavo, que para eso era poeta:

Poesía...,
tristeza honda y ambición del alma...
¡cuándo te darás a todos... a todos,
al príncipe y al paria,
a todos...
sin ritmo y sin palabras!...
Deshaced ese verso,
quitadle los caireles de la rima,
el metro, la cadencia
y hasta la idea misma...
Aventad las palabras...
y si después queda algo todavía,
eso
será la poesía.

Pues lo mismo es el cante de Tío Borrico. Escuchemos con atención su voz desnuda, cruda (crúa), en una soleá de Frijones, uno de sus cantes más característicos. Tío Gregorio rompe la métrica, no se ciñe a las preceptivas ocho sílabas del verso sino que unas veces esconde unas cuantas en los pliegues de su pañuelo lo mismo que saca otras de la chistera para, de este modo, alargar la soleá según le venga en gana. En ocasiones deja los tercios sueltos, con silencios abisales, mientras que en otras los liga con un inesperado jipío que es un latigazo sonoro. La misma soleá de Frijones pero siempre distinta.

La voz de Tío Borrico (o su no-voz) no era apta para el bel canto, ni superaría la prueba más liviana que Operación Triunfo hiciera en Minglanilla. Su manera de vocalizar dinamitaba todas las normas, cambiaba las palabras donde le apetecía, siempre dentro del compás natural, el que se acelera y ralentiza a piacere, lo mismo que hace el corazón, no como una claqueta de metrónomo. Pero (o quizás por eso) emociona como pocas. ¿Por qué? Ese es el misterio que no puede desvelar la flamencología, ni la vieja ni la nueva, ni la que vive en teorías fantasiosas ni la que agobia con su implacable sistema de pesos y medidas.



Tío Borrico en Peña de Arcos, en enero 1982. Con Tío Juane, Zapata de Arcos y El Carbonero (foto Pedro Carabante)

Se pueden imitar las formas, los estilos, las letras, las músicas, los hallazgos expresivos, pero no la pureza, que es intransferible. En el cante «pureza» e «imitación» son términos antitéticos, una es fondo y la otra solo forma. Yeats ya lo escribía en 1914 en «A Coat» («Una capa»), de su libro *Responsabilities* (traducción de Luis Cernuda):

De mi canción hice una capa
cubierta de mitos viejos
desde los pies hasta el cuello.
Pero los tontos la cogieron,
llevándola ante la gente
como si la hubieran hecho.
Canción, deja que la lleven
porque más resolución hay
en andar desnudo.

Conocí a Manuel Escribano López en 1992, trabajando en el IES Antonio Gala, de Alhaurín el Grande. Le gustaba el flamenco pero tenía pocas grabaciones así que empecé a darle material sonoro de todo tipo. Al llegar a Tío Borrico me dijo: «No quiero nada más, esto ya no se puede superar». Supo con nitidez que mayor pureza no cabía en una voz. No le hizo falta explicar el porqué.

Manolo se nos fue hace cinco meses y nos ha dejado huérfanos a muchos. Seguro que está tomando una copa de Jerez con Tío Borrico en la gloria. No imagino armonía más perfecta: dos personas nobles charlando y cantando en un tabanco.

Entrevista inédita a Tío Borrico en julio de 1980

Arcadi Espada y Antonio España



En El Volapié con Luis de Pacote. Julio 1980
(foto A. España)

Hará unos tres años en Zahara de los Atunes, frente a unos exquisitos platos de atún, me habló Arcadi Espada de una serie de entrevistas que hizo a finales de los 70 y principios de los 80 con su amigo en el recuerdo Antonio España, un cordobés afincado en Barcelona y muy aficionado al flamenco. Ambos lo eran en esa época pero Antonio, según me contaba

Arcadi, era mucho más entendido. En la comida me preguntó si eso interesaría hoy al público flamenco. Cuando escuché la lista de nombres cuyas voces registraron quedé boquiabierto. ¡No es que iba a interesar sino que era absolutamente necesario que aquello viera la luz!

No volvimos a hablar del asunto hasta que este verano me mandó el libro maquetado para que le echara un vistazo a ver qué me parecía. Veredicto: una auténtica maravilla.

Bajo el título Molde roto, una conversación con flamencos, la editorial sevillana Renacimiento va a editar en las próximas semanas esas entrevistas que aguardaban en cintas de casete en unas cajas casi extraviadas. ¿La lista? Ahí va en orden de aparición: Agustín Gómez, Antonio Mairena, Camarón, Chocolate, Farruco, El Lebrijano, El Mono, El Salmonete, Enrique de Melchor, Fernanda y Bernarda de Utrera, Fernando Quiñones, Fosforito, Joselero de Morón, Luis Caballero, Manuela Carrasco, Paco de Lucía, Terremoto, Tía Anica la Piriñaca. Y Tío Borrico.

Para el nº 25 de Al-Yazirat Arcadi Espada y Lola Baena, viuda de Antonio España, han cedido generosamente algunos fragmentos de la entrevista a Tío Borrico. La conversación tuvo lugar en julio de 1980 en El Volapié, el bar que regentaba Luis de Pacote en la barriada de la Asunción. De este modo, gracias a una conjunción astral, Tío Gregorio nos va a hablar de nuevo después de dejarnos hace 38 años. Brindemos por ello.

Ramón Soler Díaz



Tío Borrico en Jerez, en la taberna El Volapié de Luis de Pacote, en julio 1980 (foto A. España)

Háblenos de cómo era entonces Jerez.

No había salas de fiesta. Estaba la venta de esa señora, ahí en el parque, otra venta en la carretera de Sevilla que le decían la Vasija, antes de llegar a Cañaílla, que la puso un hombre de aquí, un tal Manuel Genaro, y yo andaba desde Caña Alta en la carretera de Sevilla, atravesaba Jerez y me venía a Casablanca la Alcubilla, donde había otra venta, a sacarme veinte duros. Y me llegaba a andar eso dos veces en una noche.

De un lado para otro.

Y la venta del Altillo, que estaba ahí más p'arriba de la Venta San José, en la carretera Sevilla... Y to eso lo andábamos de noche tres o cuatro, cuantos menos mejor porque no había pa' tos. Y así ha sido toda la vida. Con 19 años salí de artista en el cabaré La Espiga de Oro, en la Alcubilla, de don Manuel Carretas. Yo trabajaba en el campo y una tarde que vine a la feria me dijo un comadre: «Comadre, yo le voy a decir a tu padre y a tu madre que te vienes a un bautizo conmigo, pero nos vamos a ir a otro lao». «A mí no me metas en según qué». «No, hombre, no, ya verás»...

Total, que me fui con mi comadre y cuando llegamos al sitio y vi el panorama... Aquellas muchachas con aquellos escotes y las enaguas que les llegaban al tobillo... «Comadre, esto no es un bautizo». Y mi comadre: «Manué, un cantaor nuevo, convídalo, hombre». «Antes hay que escucharlo». Y ahí estuve de cantaor... ¡Ah, qué vida esta!

¿Y a usted qué le parecía aquel tipo de vida en relación, por ejemplo, con lo que hay ahora?

Lo de entonces me parece más flamenco, más natural que lo de hoy. Sí, hay muchachos nuevos, las salas de fiesta están muy bien, pero aquello era más natural. En una reunión con guitarras, se ponían flamencos hasta los gachós... ¡Gitanos, se ponían! Una noche entró un señor de aquí, un representante ya muy viejo de González Byass, don Manuel Garcés, y le dice una muchacha, Pepita Calabozo, una de aquí: «Mira, Manolo, ha venido un muchacho nuevo que a ti que te gusta el cante por soleá –porque yo lo que canto es por soleá y por seguiriyá– te gustará». «¿Dónde está?». Y yo allí... ¡encogío! Y el tío: «¡Muchacho, a ver!». Y ella: «Ven, que aquí

hay un hombre que te quiere escuchar». Y yo encogí. Y él: «A ver, ¿de dónde es usted?». «De aquí, del campo». «¡Manuel, pon una cajita de vino ahí, en el reservado...! ¡Espinosa! («Mande usted») Tú, tú y tú, vamos pa dentro. Y tú, muchacho, venga... ¡Tiembla ahí! Entonces tenía yo una voz que llegaba a Lebrija, claro... «¡Ea, cante!». La primera noche me dio ese hombre cuatro mil reales, que en aquella época eran cinco duros. Y yo cuando vi cuatro mil reales...

Diecinueve años, tenía usted.

Sí, diecinueve. Y aquel hombre: «Venga, hombre... cógelo», y Espinosa me dice «¡toma, hombre, no te asistes!». «Muchas gracias...». ¡Los cogí y no sabía ni dónde metérmelos! Entonces entró un comisario de Cádiz que se llamaba Manolo, también, y le dice ese gachó: «Eh, Manolo, que tengo aquí una buena pieza, un cantaor nuevo...». «Vamos a escucharlo, hombre». ¡Un comisario! Y yo asustado, claro. Y el comisario: «Tú no te asistes, tú canta a tu manera». Y yo ya tenía dos o tres copillas y me había puesto contento... y canté. «Qué». «¡Bien, bien! Aquí tienes un amigo para cuando se te ofrezca algo», me dice el comisario, y hace así: «¡Toma!». ¡Y cuatro mil reales! Y yo encogí. «Guárdatelos, hombre, que te los he dao. ¿O no te los he dao yo?». Y el amo: «La primera noche, bien, ¿no?». Y yo quería invitar a comer a las muchachas y a los artistas, unos diez en total, que una de aquellas muchachas todavía vive arriba de donde vivo yo, la Angelita, que algunas veces cuando nos encontramos por la mañana me dice: «¿Te acuerdas de aquellos tiempos?». Pues aquel día, al salir de allí, veo a mi padre el probesito por la Alcubilla, por la carretera, con las manos atrás... ¡buscándome! Y yo: «¡Mira, papá!». «¡Hijo de mi alma, ¿dónde has estado?». Y le digo: «En un bautizo». «¿En un bautizo?». Y le digo al compadre: «¿Y del dinero qué le digo?». «Tú y yo nos vamos a Las Vegas a tomar café, dale a tu padre algo y que se vaya para casa». «Ea, padre, tome

usted». «¿Y esto qué es? ¿Tú qué has hecho?». No estaba acostumbrado. «Que me lo han dado en el bautizo, papá». Y nos fuimos a Las Vegas a tomar café y lo que pasa, claro, que se nos juntaron dos muchachas y tomamos café, churros, una copita de aguardiente... Y cuando mi madre me vio llegar a las 11 de la mañana, como las mujeres son más astutas: «¿De dónde vienes, hijo?». «De un bautizo ¿no te lo dije?». «¿De un bautizo...?». «Ea, mamá, no te preocupes. Toma cien duros...». «¿Cien duros? ¿Tú qué has hecho?». «Yo qué voy a hacer, na, que me los han dao». «¿Y tú los has cogido?». «¿Y cómo no los iba yo a coger?». Y ya le dije que a partir de entonces iría todas las noches a algún sitio. Y así fue como empecé.

Un principio que nos recuerda un poco al del Torre. ¿Usted lo escuchó cantar?

Al Torre viejo no, yo escuché a Manuel Torre en la Alameda Vieja una vez que pusieron un cuadro flamenco. Vivíamos en el campo y un primo de mi padre me dice: «Hoy te voy a llevar a ver a Manuel Torre». Y eran Manuel Torre, Rosario la Mejorana, Ramírez y José Cepero. ¡Ozú, qué cuatro! Recuerdo que bailando, al hacer un desplante, a la Mejorana se le ladeó un pie porque se le salió el tacón y se cayó de culo y para que no lo notara el público, Ramírez dio otro desplante y se cayó de culo también y la tapó. ¡En eso me fijé yo, ya ve! Y digo: «Tío, ¿has visto?», y mi tío me dice «cállate». Y Manuel hizo así y se remangó los calzones y se le veían las cintas de los calzoncillos atadas a los tobillos... ¡Ajú, hay que ver...!

¿Habló usted con Manuel Torre alguna vez?

No, porque él ya estaba fuera. Una vez sí que lo vi en la feria de Sevilla, con este muchacho, Paco Laberinto, y con El Batato, uno de los Batatos. Fui a buscarme la vida a la feria y lo vi en Las Siete Puertas, en el mostrador, tomándose un café... Ahí estaba, con el sombrero de ala ancha, ojú

que me quedé yo... Y en eso que llega El Gloria, que era mi tío. «Hola, ¿qué estás mirando?». «Hola, tío, ¿qué te traes?». «Aquí, a la feria, pero ¿qué estás mirando?». «A Manuel». «¿Y dónde está Manuel?». «Míralo». Y me dice: «Déjalo, déjalo, que cuando está solo, así muy serio, es porque algo le pasa, ya luego lo veremos». Y luego El Gloria me hizo a mí cantar en Las Siete Puertas. «Cántame a mí que te voy a dar una pringá».

Te quiero mucho, te quiero
me domina tu querer

(...)

¿Usted ha escuchado a los cantaores de ahora?

¡Cómo cantaba Manolo Caracol! Fui yo una vez a Sevilla, cuando grabé el disco Canta Jerez con el Sernita y esa gente. Ese disco salió hace ya 14 años.

¿Y cuál es el cante que más le gusta? ¿El de Jerez?

Hombre, el cante de Jerez es el que yo hago más.

¿Y qué diferencia el cante de Jerez del de Alcalá o el de Triana?

Hombre el cante de Alcalá es también muy bueno.

Sí, pero qué los diferencia.

La diferencia es...

Mírala por dónde viene,
mírala por dónde viene
la mal nacía.

Mírala por dónde viene,
mírala por dónde viene,
la mal nacía...

[Se le viene una tos] ¡Válgame Dios, qué guaaaaasa! [Nuevo acceso de tos, esta vez más

fuerte] ¡Ay, Dios, te acordaste del Borrico de Jerez!

No se preocupe usted.

Hombre, sí me preocupo porque...

Mírala por dónde viene,
mírala por dónde viene,
la mal nacía de tu mare,
el demonio se la lleve

[Vuelve a toser] ¡Otra vez! La vejez no tiene remedio... Cante de Frijones:

Sal esta noche a buscarme
tú me llamas despacito
que no se entere tu mare.
Porque camelo guillarme contigo
que no se entere tu mare...

Esta letra es de Pepe Torre. Y el cante es el de Frijones, el cante de aquí...

Y ha actuado usted en festivales.

En alguno, en alguno he actuado. Últimamente he estado en Almería con La Sayago, Terremoto y Fosforito. En Lora, en Lebrija, en Las Cabezas, en Trebujena...

¿A usted qué le gusta más, un festival o una reunión?

A mí una reunión. A mí me gusta estar más acopláitos, más juntitos...

¿Se canta mejor en una reunión?

¡Claro! A los festivales se va porque son fijos. Me fui con Agujetas hace poco a Alcalá la Real, que habían hecho allí un teatro muy bonito, con sus cortinas... Pero me querían cobrar las... Esas... Y digo: «A mí me han traído aquí y yo no sé nada de esas cosas».

¿Qué le querían cobrar?

Pues esta gente... ¿cómo se llaman? Esos que cobran...

¿De hacienda?

Sí, algo de eso. Y digo: «Yo no sé na de eso». Y me dice: «A ver, ¿qué va usted a cantar?». Y digo: «Las letras no se pueden decir antes de tiempo». Y dice: «por qué». Y digo: «Porque no, porque la letra sale conforme el cantaor está cantando, porque la letra sale de adentro, de pronto». Y entonces me dijeron: «Bueno, cante usted y ya se las cogeremos». «Ah, bueno, pero quién les dice a ustedes que yo sé la letra que voy a hacer. A lo mejor salgo por esta o por la otra».

(...)

¿Cuántos hijos tiene usted?

Cinco.

¿Y cantan?

Solamente una, que es la que está en casa.

¿Y le gustaría que cantaran todos?

Todos, todos. El que está en Los Pinos, pobrecito, en el manicomio, ese sabe cantar muy bien, pero la bebida... Se le fue la mujer, se le fueron los hijos... ¡Ocho tiene! Y están todos en Barcelona, en una fábrica de esas que hacen carros blancos cuadrados. Pero él ya está bien, ya lo han puesto de capataz de los locos. Y dice: «Papá, ¿quién está loco, esta gente o yo?».

¿A don Antonio Chacón, lo escuchó usted cantar?

A don Antonio Chacón, sí. En la Alameda la Vieja lo escuché.

¿No era gitano, no?

No, ese no era gitano. Ese era zapatero.

¿Cantaba bien?

Sí, pero no cantaba gitano. Hacía el cante de Levante, nada más que el cante de Levante.

¿Porque el cante gitano lo pueden hacer sólo los gitanos?

¡No lo puede hacer nadie! ¿Pa qué le voy a decir otra cosa? No lo pueden hacer na más que los gitanos. Lo cantan los gachós también, pero no queda bonito. No le meten esas cositas que hay que meter...

Pero hay algún caso... Silverio, por ejemplo.

Sí, Silverio cantaba muy bien y era gachó. No era gitano pero tenía la voz muy flamenca. Es como Sernita, cantaba muy bien pero no cantaba gitano y era gitano. ¿Que cómo se explica eso? Pues que eso va en las voces. Vallejo, ¿cómo cantaba Vallejo? No tenía la voz flamenca, no tenía la voz gitana. Y sale uno haciendo 'Ayyyyy'. Yo no puedo cantar así, yo tengo que cantar a golpes.

Ya tocan a rebato...

Y ya está, en la primera palabra.

(...)

¿A usted cuál es el cante que más le gusta?

A mí el cante que más me gusta es el cante por soleá. Me gusta por segurirya también y la bulería, que es muy buena, pero el que más me gusta es por soleá porque son cuatro palabras...

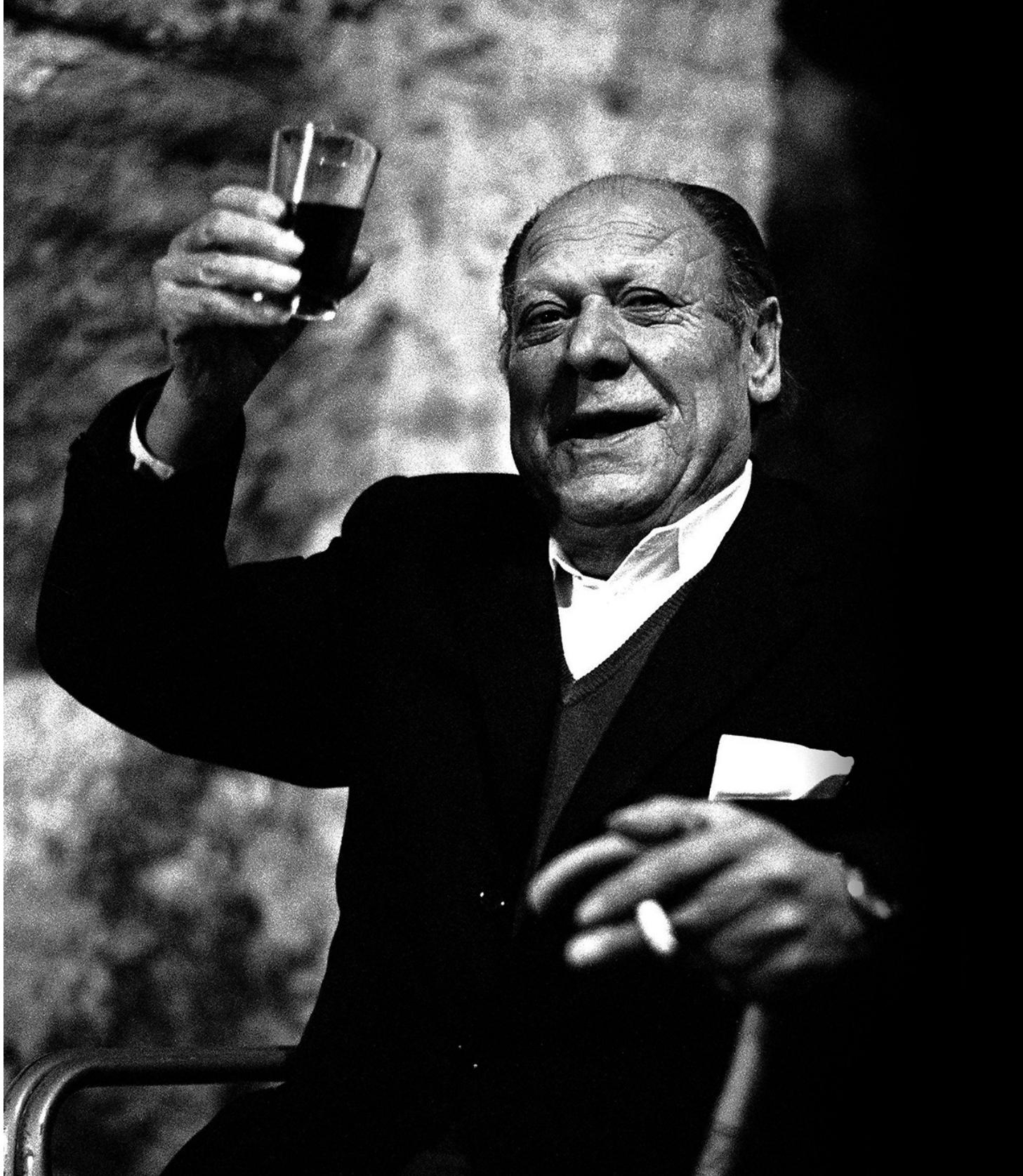
Traigo rabanitos tiernos

Pero pican un poquito...

Cuatro palabras. Luego está la soleá grande que se hace en Cádiz, que la hacía Aurelio. El cante por soleá es muy bueno, muy bueno, a mí siempre me ha gustado mucho. Ya ves que yo iba de gazpachero y cuando iba en la culata del borrico, con mi comida y eso que llevaba pa las mujeres yo iba solo cantando en el borrico y mi padre me decía: «Chiquillo, que te quedas dormío ahí cantando en el borrico, ¿cuándo vas a traer el agua?».

¿Por qué le pusieron El Borrico?

Te lo voy a decir. Cuando despidieron a mi padre de manijero, que estaba con un



Tío Gregorio en Arcos, 1982 (foto Pedro Carabante)

Domecq, y nos vinimos a Jerez, al día siguiente vino uno que había aquí que también era manijero del Marqués de Domecq, hermano del otro. «Don Juan Pedro que te llame». Que se habían enterado de que yo era artista y fui con un tío que ya tenía aquí que se llamaba Paco Cabezas y ¡ja!, a cantar! Don Juan

Pedro en aquel tiempo, que sería el año 29, me dio dos mil pesetas. «Has cantado muy bien, tienes fuercecilla». «Si tengo diecinueve años, don Juan Pedro». «Le voy a reñir a mi hermano por haber sacado a tu padre de manijero». Y estaba allí un sobrino suyo, don Alfonso Domecq, y empezó a decir: «Qué voz

más bestia, qué voz más bestia, qué voz más borrica....». Y de la voz borrica, el Borrico...

¿Usted le ha puesto algo a algún cante?

A mí siempre me ha gustado lo que ha salido de mí. Escuchaba a mi gente; a mi padre y a mi tío los escuchaba cantar por soleá, mi padre ha hecho muchos cantes y a mí se me han pegado.

(...)

Dicen que Jerez ha perdido mucho, que ya no es lo que era...

Es que antes era pura fiesta. Venían los flamencos del campo de coger los garbanzos, un poner, y formaban un escándalo en el barrio de Santiago. La cobranza... Iban las mujeres a cobrar, venían los pobres, los chiquillos... Mi padre era el primero que decía «veinticuatro botellas de vino, ponlas ahí» y ya... Y venga a bailar, uno con una copilla, otro con otra copilla y salía una tocando las palmas y ea, ea, ea... La cobranza eran dos días de escándalo.

Pero claro, ahora, con la televisión...

Ya no, ya no... Antes daban las tres y las cuatro de la mañana y la gente estaba en la calle, al laito de la fuente.

¿Y ahora en las barriadas se vive mejor?

Ya no, ya no. Ahora cada uno va por su lado, los gitanos aquí ya no... Mira, ese que está ahí es familia mía, me está escuchando cantar y se sonríe... No quieren dar la cara, ya no nos llevamos como antes...

¿Y los cafés cantantes?

Ahí había uno, en la esquina de la plaza de Abastos, en ese callejita que sale a las escaleras del Villamarta. Ahí escuché yo a Chacón y a Manuel Torre.

¿Usted pilló esa época?

[En vez de contestar canta por tangos, toda una gama de tangos, y a continuación una malagueña, y luego la malagueña de Chacón.]

Cuando usted canta la malagueña de Chacón, lo hace usted gitano.

Es que se le van a uno las cosas, es que pa cantar, esto [la cerveza] no es na. Pa cantar, el vino... ¿Qué te crees que bebe Valderrama? Toma nota: una copa de anís y un vaso de leche. Una vez que vino ahí, al parque, venían de cantar de la plaza de toros él y Marchena, y le digo: «Hola, Caravieja» (yo le llamo Caravieja). Y le digo: «A ver, ¿qué queréis tomar?». Y dice: "Yo, un platito de caldo con un huevo y un vasito de leche". Y nos convidó a una botella de vino pa tos. Y cuando llegó Marchena: «¿Una botella pa tos? ¡Saca ahí una caja y tomar mil duros y repartíselos! ¡Así se hace, Valderrama!». ¡Ay, qué hijo de la gran puta, una botella pa tos! Yo he bregado con muchos, con el Fósforo...

¿Qué le parece el Fósforo?

Canta muy bien, pero no canta flamenco.

¿Y Mairena?

Ese es una cosa mala, un fuera de serie.

¿Usted cree que Mairena es el cantaor más importante de esta época?

Hombre, Mairena ha sido un cantaor... Mairena llega a todas partes y se explaya... Siempre a lo grande y por su cuenta... ¡Venga vino! Y a las gitanas viejas las ha puesto a bailar. Y como él en cuanto se toma cuatro copitas empieza a manotear, yo digo: «Ya está este acaramelado».

Bueno, ¿y para usted el flamenco qué es?

Hay que nacer con el cante dentro, del vientre de la madre. El flamenco nació de unas raíces viejas de las que salieron las primeras cosas y de ahí ha sido como una cadena, de unos a otros. Mi nieto, por ejemplo, llegó el otro día y me lo encuentro solo, en el comedor: «¡Ayyy!». Él solo y con el compás y to. ¿Por qué? Porque me ve a mí.

(...)

Tío Borrico, la sencillez compleja

José Manuel Serrano Valero



Archivo Cátedra Flamencología de Jerez.
Centro Andaluz de Documentación del Flamenco.

Es muy complicado que en 2021 nos podamos siquiera imaginar la dureza del trabajo y la vida en el campo de Jerez de la Frontera en los siglos pasados. Es posible, sí, saber de ello, pero no experimentarlo como lo hiciera la persona tan humilde y laboriosa que fue Gregorio Manuel Fernández Vargas, Tío Borrico.

En cada arruga y surco de su gesto tan trabajado está descrito a fuego y hielo ese

caudal de horas y tareas agrícolas sin final. Queda dibujado, en su gesto e impronta, su vida de gitano jerezano que empeñó sus fuerzas, esperanzas, sus sudores y su sangre en un campo que se funde con su propia trayectoria vital y la de su pueblo.

El cante de Tío Borrico es esa sencillez compleja que pone eco sonoro a esa forma de vivir y de ser que ya nunca volverá. Hay en esa voz un primitivismo antiguo muy sufrido, como dañado y dolorido por todo lo pasado y sobrellevado. Pero, a la vez, hay recovecos dulces, únicos y preciosos que nos envían el mensaje tan maravilloso que anuncia la vida como medio capaz de superar las dificultades día a día.

“Sin cobrar y sin nada he cantado mejor que cuando me dan dinero”, dice Tío Borrico en una de las históricas grabaciones de aquella serie documental impagable y providencial que para este arte es “Rito y geografía del cante”, conformada entre 1971 y 1973 en aquel nostálgico blanco y negro audiovisual por Mario Gómez, Pedro Turbica y José María Velázquez-Gaztelu. Esas palabras reflejan perfectamente, breves y concisas, su personalidad noble, entregada y generosa.

Decir Tío Borrico es remontarse a los orígenes de esa eclosión de brillantez y esplendor que el Flamenco vivió en Jerez en el siglo XX. En el vídeo del que tomamos la mencionada declaración, Gregorio Fernández aparece junto a unos jóvenes Fernando Terremoto y José Vargas El Mono con Manuel Morao a la guitarra. Hay en ellos naturalidad y riqueza de matices porque aquellos artistas

estaban marcados -y a su vez marcaban e impresionaban al aficionado- a partir de una personalidad que les era propia e intransferible.

En las imágenes se ve el baile de nuestro homenajeado, pleno de sabor, del movimiento justo y preciso. Lleno de compás y expresividad. El Flamenco era su vida de la misma manera que el sol, la luna y las estrellas lo son al universo. Un elemento imbricado en él, consustancial, inseparable de vivencias y aconteceres.

La Sociedad del Cante Grande de Algeciras acierta de pleno al dedicar a Tío Borrico su Palma de plata. No debe olvidarse nunca que es un reconocimiento de los más importantes que se otorgan en el orbe flamenco. Y que

solo pueden ostentarlo las figuras más emblemáticas como lo es él y todas aquellas personas que han tenido el honor de recibirla. Ojalá esta entidad nunca caiga en la tentación de bajar el listón. Porque el Flamenco y sus dioses y esencias no podrían perdonarlo.

En esa nómina de ilustres faltaba, hasta ahora, Tío Borrico. Se suma a ella junto a otros intérpretes de su generación pero caigamos en la cuenta de que su cante y su raigambre flamenca son intemporales. Fueron notorias en vida e inmortales para siempre porque, si hoy lo tuviéramos físicamente con nosotros, la atención estaría tan fijada en él como lo estuvo cuando transitó por este mundo. Así fue Tío Borrico, emblema del cante gitano-andaluz. Emblema de Jerez de la Frontera, del campo y de la vida.



Mira si soy buen gitano

Rafael Ruiz García



Tío Borrico (Foto: Paco Sánchez)

A Manolo Escribano,
con una copa de vino en la mano.

Sin más preámbulo, antes de desarrollar idea alguna, lean esta cita de un sabio navarro que ha entendido y explicado la música como pocos:

«No es necesario entender de música para que nos gobierne e instruya, nos alegre y, sobre todo, nos consuele. Ella, de algún modo, se basta para

familiarizarnos con el misterio o, si se quiere, con lo inexplicable. Nos lleva a frecuentar lo que no entendemos y que, en el fondo, es lo más sustancial en nosotros. (...) La intuición posee menos lenguaje, es cierto, pero es a causa de haberlo depurado». (Ramón Andrés, Filosofía y consuelo de la música, 2020).

La intuición. Esa que te deja leña en tu corral por ver si tú lo querías. La intuición. Esa que te aconseja que no hables mal de nadie porque tienes mocitas que están pendientes del aire. La intuición. Esa que te lo dijo en una broma y tan de vera lo tomaste que ya no te gastará más bromas. Bendita intuición. Hablar de don Gregorio Manuel Fernández Vargas es hablar precisamente de la intuición, del poso de los años, de la sabiduría sin ojana, de la sencillez hecha carne, de la inteligencia natural.

Imagínense que en la masa de la sangre confluyan Tío Juanichi el Manijero y su padre el Tati, Terremoto o Sernita, Parrilla y un largo etcétera. Todo esto debidamente adobado con la posibilidad de disfrutar de un tal Frijones o Tío José de Paula, con la crianza en un barrio como el de Santiago de Jerez o con la convivencia que más une: la búsqueda de la vida en ventas como el Altillo, Maribal, La Pañoleta, o el famoso «Triángulo de las Bermudas» que dijera Paco Cepero.

Pues bien, de todo esto es fruto el personaje al que este año la Sociedad del Cante Grande de Algeciras tributará un más que merecido homenaje con motivo de la XXIX Palma de Plata. Otro acierto más, otra muesca en el revólver de los aficionados del Campo de Gibraltar, tierra de talento flamenco única en su género.

Todavía recuerdo cuando mi maestro Luis Soler me habló de unas grabaciones realizadas por el añorado Pierre Lefranc. Corría el año 1961 cuando el francés, guiado por el inigualable Anzonini del Puerto, visita casas gitanas donde, seguramente sin esperarlo, va a encontrarse con la flor y nata de este arte flamenco. Casas gitanas que guardaban las esencias de esta música tan particular. Y entre sus descubrimientos tenemos a un Borrico de Jerez pletórico.

Decía Igor Stravinski que tenemos un deber para con la música, y es el de inventar. Además pensaba, creo que acertadamente, que «el flamenco era un arte de composición». Pero no es menos verdad lo que, en algún texto que no recuerdo, le leí al crítico estadounidense Harold Bloom: «inventar desde cero no es imposible,

sino inútil». Y es que «el artista serio no tiene más remedio que apoyarse en sus precursores» (Bloom dixit).

Pero no abandonemos las grabaciones de Lefranc. O recordemos las que se incluyeron en «Siempre Jerez». O el disco editado por el sello francés Le Chant du Monde dirigido por Mario Bois. Y qué decir de su actuación estelar en el «Canta Jerez». Y algunas más que me dejó en el tintero. Cuanto más oigamos las grabaciones, más claro tendremos que aporta maneras personales, que en muchas ocasiones está «inventando», pero nunca perderemos de vista que sus maestros o sus inspiradores son fácilmente reconocibles: Paco el de la Melé, Tío José de Paula, El Mellizo, Paco la Luz, La Serneta o Juaniquí. Y como colofón: Frijones.

Pensaba el filósofo Pontus de Tyard allá por el siglo XVI que la música alarga la vida. Yo quiero añadir que la música como la que nos regala el Borrico lo hace mucho más: Valientemente serrana. Por toas las bocacalles. Que tú pases y no me hables. Dulce melonar. Ponte tú a pensar en mi querer. Mi caballo es paticortao. A mí me llaman el loco. Desgraciao nací. De color de cera virgen. Yo seré leña en tu corral. Dos hermanitos somos. No me hables en tu vía. Me voy al Carmen. Se te caigan tus carnes.

Pocos cantaores me han hecho sentir tanto y tan profundo como don Gregorio. Pocas voces más flamencas, más gitanas, pero más dulces. Pocas expresiones han hecho más por mi afición al flamenco que la que nunca abandona el Borrico. Con sumo gusto lo hubiera acompañado a Madrid sujetándole la ceniza de sus cigarros. No tuve esa suerte, pero gracias a la técnica y a la generosidad de algunos aficionados de categoría puedo recordarlo aunque sea enlatado, pero con una voz única y un concepto del cante que como primer objetivo se ha propuesto no abandonar nunca a los suyos. Porque como decía Boecio: «una música inadecuada es susceptible de dañar incluso el destino de un pueblo». Vivan tranquilos pues nuestro admirado Gregorio no está dispuesto a hacerlo.



El Borrero y Manuel Liñán.

El duro jornal

Enrique Montiel



Borrico de Jerez (Foto Paco Sánchez)

Me paro. Quería principiar diciendo que el rechazo del sol a sol del campo por lo que pudieran darle los señoritos era el mismo duro jornal, el mismo. No era igual cantar que desriñonarse en las viñas pero, bien

mirado, era muy parecido. Se trataba del trabajo del pobre en la España pobre que fue aquella España de Tío Gregorio Borrico. Hoy se trata de arqueologías, bien mirado. El Borrico está en el origen del Flamenco

ese de los dolores y los gritos, de la mirada triste, de la mueca amarga de la boca. Y de la alegría inesperada, bulliciosa del ingenio, de la enormidad, de la hipérbole. No sé decirlo de otro modo, perdonad. Es el que nos gusta a unos pocos que creemos que se trata del verdadero flamenco, con perdón.

El de Tío Borrico, de Manuel Torre, Juan Talega y Manolito de María, Tía Anica, Perrate y La Perla, Agujetas y Canela de San Roque, Santiago Donday, Tía Juana del Pipa, Aurelio, Alonso Núñez, Chocolate, Fernanda y Bernarda, El Gloria, Pastora y su hermano Tomás, Mairena, Caracol, José Monje...

Es una nómina desigual pero hablamos de lo mismo: se trata del canto al que llamamos cante. Pero el cante lo hacen los cantaores con un duro jornal de distancias, sacrificios, incomprendiciones e injusticias. La voz antigua siempre. Como fue el caso de Tío Borrico. Que hizo, además, una opción vital de consecuencias.

Digo que si se hubiera ido a Madrid... A Madrid se fueron otros, muchos. De Jerez, de todas partes de la geografía flamenca. Madrid, capital del flamenco. Pero las fuentes, los manantiales, ¿dónde estaban? Se las llevaron esquivos emigrantes siempre queriendo el retorno, de lo vivo a lo lejano, que escribió Alberti, doctor honoris causa de exilios y suspiros.

Al menos eso no lo tuvo que padecer El Borrico de Jerez, como un reloj su café y su periódico en el mismo bar de cada día, la siesta ancha tras la comida que le preparaba su mujer y salir a buscarse la vida, que los señoritos le pidieran que fuera a cantarles por cien duros, por menos o por nada.

Tío Borrico es el grito mudo de ese vivir de los flamencos de otros años, los que tenían el cante dentro, los que fueron paridos con esa señal en la frente.

No me interesa entrar con un bisturí en su cante, ni mucho menos un laboratorio de

análisis clínico del Arte, ni una lupa. Cuando lo oigo cantar, no puedo pensar.

Sé de él por lo que me ha contado el gran maestro vivo de la guitarra flamenca, el Excmo. e Ilmo. Señor Don Francisco López-Cepero, Paco Cepero en el arte, Paquito Cepero, o Ceperito cuando lo llamaban para que acompañara a Tío Gregorio en esas crudas noches de invierno en las que, echando el alma a trozos por la boca, juntaba el jornal del fogón de su casa para el día siguiente.

Sí, el guitarrista de la calle Encaramada casi se curtió en ese lugar de la cercanía del cantaor mayúscolo que fue Borrico, y por eso lo refiere y todavía, cuando habla de Gregorio, en sus ojos aparece un velo de melancolía por lo perdido, porque cualquier tiempo pasado fue... mejor.



José Vargas Quirós me ha pedido estas palabras. Estoy seguro de que exactamente estas palabras, para Al Yazirat. No otras. Las otras ya las tiene. Estoy seguro. Y mis palabras son de gratitud a José Vargas y la gente de Al Yazirat, porque todo este esfuerzo, esta voluntad de apuntalar lo que se cae, difundir lo que se va desvaneciendo, es la tarea de este extraordinario aficionado que se llama José Vargas Quirós, que yo admiro tanto. Y de su revista impagable.

El Cante Telúrico del Tío Borrico

Antonio Nieto del Viso



El Borrico en Los Cernícalos (foto Pedro Carabante)

Gregorio Manuel Fernández Vargas, Carrasco, Monge, Rodríguez, Alvarado, Peña, Valencia. Estos son los apellidos completos de El Borrico, por lo que perteneció a unas de las familias más largas de artistas que ha dado Jerez de la Frontera, entre ellos la rama de Los Rincones, de donde procede el apellido paterno Fernández.

Nuestro homenajeado, a título póstumo, nació el 3 de abril de 1910 en el número 29 de la calle Nueva, enclavada en el corazón del barrio de Santiago, que tan grandes artistas ha dado, y sigue aportando al arte Flamenco.

Con respecto a sus antepasados conocidos de estirpe gitana, destacamos que en su adn llevó

implícito a Juanichi El Manijero, Fernando Terremoto, El Sennita, y Parrilla. Luego su cante tiene el privilegio de llevarnos a los orígenes del Flamenco, a todo esto, hay que añadirle las soleras maternas de Paco la Luz, los Sordera, Tío José de Paula, y los Morao. Ante tan prestigiosos artistas, lo normal, es que Tío Gregorio fuera un buen cantaor justo en su arte, humilde en lo personal; pero su cante está basado en lo que aprendió personalmente desde niño, y que están presentes en su discografía, como veremos más adelante.

No tuvo una vida fácil, ya que por la época que le tocó vivir, su infancia y sus primeros años de vida transcurrieron trabajando en los cortijos, de sol a sol, pero con la fuerza telúrica de la tierra, el cante

lo aprendió directamente de su familia, y que él fue acrecentando aprendiendo debajo de la mesa de los tabancos; entre otros artistas, escuchó a don Antonio Chacón, Manuel Torre, El Gloria, Juan Mojama, Tío José de Paula y Frijones. Con estas credenciales elaboró su repertorio, el suficiente para reconocerle sus méritos, aunque sea un poco demasiado tarde, sin culpar a nadie, las circunstancias fueron las que fueron para un hombre bueno, jornalero del campo, que afrontó su destino con dignidad que llevó cuando alrededor de una candela nocturna comienza a manifestarse su voz flamenca. Así se formaron la mayoría de las familias gitanas y no gitanas que crearon unas formas de cantar en la que los compases y los duendes acompañaron a estas castas nacidas para el cante, el toque, y el baile.

Lo de su nombre artístico, con el que fue conocido, sucedió en una reunión privada, en la que le escuchó Alfonso Domecq, y dijo: "Este hombre canta como un borrico". Desde entonces así fue conocido entre la afición. Naturalmente, su poderosa voz por aquellos entonces, espantaba a los pájaros que estaban en los árboles.

Salvo esporádicas salidas, vivió siempre en su Jerez natal, ganándose la vida en las ventas y en las reuniones privadas, ganando poco dinero, el necesario para vivir, en algunas ocasiones lo pasó francamente mal para sacar adelante a su familia compuesta de mujer y cinco hijos; de los que por cierto, la única que se ha dedicado al Cante es su hija María la Burra.

En los últimos años de su vida, se pasaba la mayoría de las horas en el bar Volapié en compañía de su amigo Luis Lara Pacote. Aprovechamos la ocasión para dar a conocer que de joven fue conocido como Manolito el del Tati, por su padre, que también cantaba lo suyo en los ambientes familiares.

La primera vez que ganó dinero cantando, fue en el año 1929, que cobró cuatro mil reales en el cabaret jerezano La Espiga de Oro. Arrastrando y acumulando en su memoria los sones del arte, que en sus principios se acompañaba con los nudillos, precedido de las influencias de Paco la Mele y de Tío Juanichi El Manijero.

El reconocimiento como artista, tuvo lugar cuando contaba 56 años de edad, es decir, en 1966 cuando participó en los grandes festivales, como la Caracolá de Lebrija, que participó durante las cuatro primeras ediciones.

Su obra discográfica, es una demostración de categoría y pureza racial del mejor Flamenco. Su martinete, es un clásico de antología de este palo básico, no todos supieron cantarlo por aquellos años como él.

Su llorado paisano Manuel Ríos Ruiz, el mejor embajador que ha tenido Jerez en Madrid, y Pepe Blas Vega (que en paz descanse) lo llevaron a Madrid en 1967 para grabar en la casa Hispavox, acompañado por la guitarra de Paco Cepero, nos dejó para la posteridad unas bulerías cortas y una soleá.

En posteriores grabaciones, impresionó una colección de estilos básicos, como seguririyas en las formas personales de Manuel Torre, Frasco El Colorao, Paco la Luz, Tío José de Paula, y de Los Puertos según El Nitri.

Por soleares, destacó en la bulería por soleá (una verdadera joya de la escuela jerezana) soleares de La Serneta, el Mellizo, Frijones, y Juaniquí; así como las modalidades alcalareñas de Joaquín El de la Paula.

Cuando el Tío Borrico, se marchó al Tablao de la Gloria el 12 de diciembre de 1983, se cerró una época muy interesante de grandes maestros. A partir de entonces, nuevas tendencias han irrumpido en el Flamenco, el tiempo pondrá a cada uno en su sitio.

Vaya nuestro reconocimiento para todos los artistas flamencos que junto a Tío Borrico están en la historia de un tiempo que no podemos permitir que pase desapercibido. Afortunadamente, los documentos sonoros con sus voces, son un testimonio auténtico en el que el Flamenco, ya estaba definitivamente completo.

Con este acto de justicia, la Sociedad del Cante Grande y el Ayuntamiento de Algeciras ponen en el lugar que le corresponde a este cantaor jerezano que fue Tío Gregorio Manuel Fernández Vargas, El Borrico, un gitano cabal que permanecerá para siempre en nuestra memoria.

Tío Borrico como referente

Luis Soler Guevara



1972. José Reyes, El Borrico y José Lérida en la Sdad. del Cante Grande de Algeciras (foto SCGA)

El siguiente escrito es un fragmento de una conferencia que pronunció Luis Soler en Jerez en noviembre de 2006.

Si tuvieramos que buscar un personaje para poder explicar lo que tal vez no necesite explicación, entre otras razones por que el cante no se explica, Tío Borrico, entre pocos, sería un personaje ambivalente, lo que trataremos ahora de justipreciar.

El cante no sólo es un acto de voluntad que expresa un deseo. Responde a una necesidad, forma parte del ser de las personas que además de degustarlo, lo sienten, lo aman y le dan calor.

Disculpen que acuda a un verso que hace años escribí para así poner orden en mis cortas ideas:

El cante se dice
pero no se explica,
se hace y se expone
y se comunica.

Surgida como primera necesidad en el origen de los seres humanos, la palabra es el referente más proverbial para comunicarse.

O sea que el acento u objetivo, a mi modesto entender, de ser esta afirmación válida, queda cubierto en el último verso de esa cuarteta.



En la Peña Los Cernícalos de Jerez (foto P. Carabante)

Tío Gregorio nos comunicó su cante. No hay nada que más trascienda del artista que no sea la comunicación de su arte, que el artista sienta la preocupación de que ése debe ser su mayor empeño.

El cante está hecho de la palabra. El cante es un hecho proverbial.

Lo mágico, lo sublime está en la percepción que se tiene de ese momento. La acción de cantar no es un acto meramente lírico, ni tan siquiera un hecho cultural producido únicamente desde la tradición sino del encantamiento e impronta de un idílico ambiente que se construye casi sin querer, sin darnos cuenta, sin impulsarlos de forma artificial. Así es el cante una manera

natural de manifestar nuestros sentimientos a través de la lírica poniendo en ello todos nuestros sentidos.

De ahí que hay dos claras tendencias o formas de interpretar o entender lo que es el cante. La que deviene del hecho natural de la cultura de los pueblos, de la manera de sentir de las personas, la que genera carácter, y aquella otra que se construye artificialmente.

Vamos a ver. Las capacidades de un artista se expresan en función de los referentes que tenga almacenados.

Quien desde que nace está llenando de átomos, de sustancias flamencas, ese almacén prodigioso que es el cerebro, como Tío Borrico, de forma natural, lo expresa así, y quien no ha tenido esa experiencia de pequeño, no la ha vivido. De quererla construir lo hace de forma artificial. Por ello en los círculos en donde el flamenco se vive de forma más íntima, cabe la expresión «ese cante es aprendío». No obstante ello, y como no debe ser de otra manera, a esa forma de acercarse al cante yo le doy un gran mérito y le tengo un respeto muy grande.

A quienes no teniendo la oportunidad de vivir de pequeño esos ambientes flamencos y los descubre con los años, lo que hay que hacer es acercarlo a nosotros. No hacerlo así sería injusto y sectario, aunque sepamos a ciencia cierta que ese cante es aprendío.

En ese pozo de vivencias es donde arranca la acusada personalidad cantaora de Tío Gregorio. Indudablemente en esos ambientes flamencos del jerezano barrio de Santiago. Pero ello con ser así, además responde al hecho de una determinada época. No analizarlo así sería perder la perspectiva de los tiempos.

Cuando El Borrico tenía sus veinte años, o sea, sobre el año treinta del siglo veinte, los más grandes artistas flamencos nacidos en unas décadas prodigiosas, como fueron las comprendidas en el último tercio del siglo diecinueve tenían entre cuarenta y cincuenta años cumplidos. Me refiero a Chacón, Manuel Torre, Cojo de Málaga, Pastora, Mojama, Niño de Cabra, Tomás, Isabelita, El Gloria, Vallejo, y muchos otros que llenaron un inmenso baúl de referentes discográficos que luego van a ser utilizados de forma mecánica por otros muchos artistas. Mas ello, que fue así, no se da en Tío Borrico, o mejor dicho, no tiene ese alcance.

Es más, yo estimo que también en el siguiente otro último tercio, el del siglo XX, o sea, justo un siglo después, no sólo ha desaparecido de los escenarios ese flamenco íntimo que nos aportara Manolito de María, Viejo Agujeta, Juan Talega, Fernanda, Tío Borrico, Perrate y algunos más, sino que con ello se ha dado lugar, a un modo de producción de este arte cuyos referentes son casi únicamente artificiales.

Ya no es la naturalidad del hecho evolutivo de la magia y de lo jondo, sino la fuerza impulsora de lo mediático, el consumo, lo que prevalece. A partir de ahí nos encontramos en el experimentalismo, en plena fusión o en el mal llamado «nuevo flamenco».

Tío Gregorio ha intervenido en uno de las mejores obras flamencas que se han grabado en la historia del flamenco, Canta Jerez. En dicho disco todo lo que se editó es buenísimo, no obstante destacaría, y esto sería un poco rizar el rizo, tres temas: las cabales de Sernita, la soleá de Tío Borrico y sobre todo la «Fiesta en el barrio de Santiago». Esta última, para mí, la mejor de cuantas se grabaron en la historia.

El compás se lleva en la sangre

Juan Garrido



Tío Borrico en Peña La Bulería. Toca *El Morales* y las palmas de Bernardo Matamoros
(foto archivo de la peña)

Enfrentarse a un papel en blanco y abordar la figura de Tío Borrico para una persona que no lo conoció en vida, como es mi caso, no es tarea fácil, sobre todo, porque la perspectiva que intento usar ante un perfil de esta condición es la humanista. Solo parándonos en analizar las cualidades propias de la naturaleza humana llegaremos a entender la capacidad interpretativa y emocional de Gregorio Manuel Fernández Vargas, un coloso del cante de Jerez.

A veces solemos quejarnos de dejar a artistas del arte jondo en el olvido con el paso del tiempo, aunque también es preciso

justificar que son tantos los nombres que han marcado líneas de oro en esta historia que por momentos es prácticamente imposible abarcar tanto reconocimiento.

Uno de esos que siempre están ahí, en la memoria colectiva y de forma discreta es Tío Borrico. Tiene que ser la **Sociedad del Cante Grande**, el sagrario jondo de Algeciras, la entidad que superando sus cincuenta años de existencia vuelve a traernos al presente a uno de los participantes de ese disco 'Canta Jerez' (Hispavox, 1967) que para no pocos es el mejor testimonio de cante gitano que ha salido al mercado discográfico.

Al-Yazirat

Este cabal del barrio de Santiago nació en 1910, coincidiendo con el reinado de Alfonso XIII, cuatro años antes de la Primera Guerra Mundial. España, aunque permaneciera neutral, sufría las dramáticas consecuencias de un acontecimiento cruel y sangriento. Aquí, en la Andalucía agraria y ganadera, las fatigas acuciaban y la gran parte de la población vivía al día.

Gregorio, como otros vecinos del mencionado barrio, tenía que buscar un pedazo de pan que llevarse a la boca en las labores del campo. Esos gitanos, familias enteras, encontraban en los cortijos situados entre Jerez y Lebrija oportunidades para la subsistencia. En ese contexto predominaba más el sudor de la siega o la siembra que la finura de una pluma estilográfica, por lo tanto, el analfabetismo estaba bien extendido. Tío Borrico no había aprendido ni a leer ni a escribir, sin embargo, dominaba como pocos el tiempo que marca el compás del cante.

Él se ganó la vida humildemente en fiestas y reuniones de "señoritos", como se les decía a esas juergas en las que los adinerados cerraban negocios, bebían y disfrutaban con los flamencos. Ahí le pusieron el apodo, por su particular voz. Por supuesto, participó en festivales de la época pero en menor medida.

El protagonista de estas líneas, que había escuchado cantar a Manuel Torre o a Tío José de Paula, amén de sus familiares directos como Tío Juanichi 'El Manijero' o Tío Parrilla, asumía el cante como la mejor manera de expresarse. Su gitanería brotaba como concepto vital, espontáneo y natural, como expresión sublime y congénita regada por la sangre.

Su cante estaba sometido a su tempo vital, con esa pausa cotidiana y de respiración. Hasta por bulerías se templaba con un soniquete ralentizado que nada tenía que ver con la bulla que se estilaba por la época.

Su queja cantaora tomaba forma en la seguiriyá, doliéndose ante las duquelas y el negro porvenir. Así lo demostró en la inauguración de la Peña La Bulería, en 1977, en la calle Baro del barrio de San Miguel (a unos metros de su sede actual). Allí estuvo Tío Borrico, al que nombraron Socio de Honor junto a Francisca Méndez Garrido 'La Paquera de Jerez', que pasaría a rezar como Madrina de la entidad. El cantaor que nos ocupa recibió la distinción "en reconocimiento de su constante labor en defensa del arte flamenco de los cantes de Jerez", también por su cercanía, por su generosidad y por su calidad artística.

Para algunos puede resultar curioso que un barrio como el de La Plazuela, que había frecuentado menos en comparación con el de Santiago o La Asunción, concediera este homenaje a su persona, señal inequívoca del cariño generalizado hacia su figura. El recital que ofreció esa noche quedó grabado gracias a Domingo Rosado, ilustre aficionado jerezano fallecido en agosto de 2020 y que sentía auténtica devoción por Gregorio. Esa noche cantó con la guitarra de Antonio Jero por bulerías (en dos ocasiones), tangos, soleá y seguiriyá... una auténtica reliquia sonora que demuestra la grandeza inspiradora de este gitano que, sin dominar las matemáticas, controló el compás haciendo filigranas de forma vertiginosa.



Tío Borrico, la olorosa esencia del cante de Jerez

José María Castaño

Cuando allá por 1992 comencé mi andadura radiofónica, la bienvenida sonora era una bulería de Gregorio Manuel Fernández Vargas con la guitarra de Paco Cepero. Incluso antes que los tangos 'Rocayisa' de Moraíto fueran los escogidos para anunciar la llegada a las ondas de nuestros 'Caminos del Cante'.

De este modo, y de manera oficiosa, declaré a Tío Gregorio como el padrino de nuestro programa. Hoy día, casi 30 años después y aun refugiados en Internet, el espacio lo sigue teniendo como mascarón de proa. Tío Borrico simboliza para los caminantes como una especie de manto protector de la jondura. Es más, cuando en estos tiempos de fusiones y confusiones la neblina no deja otear el norte de la autenticidad acudimos solícitos a su recuerdo.

Las razones son muchas. Quizás porque al ser el cantaor de mi familia, junto a Terremoto, estaba presente como banda original de mi casa; siempre junto a los aromas de madera del oloroso jerezano. Sigo pensando que ahí está el germen del posterior estudio 'De los vinos de Jerez y sus cantes' que tuve la suerte de compartir hace poco con mis amigos de la Sociedad del Cante Grande en Algeciras. También porque era uno de los cantaores predilectos de Alfredo Benítez, quien no podía reprimir pequeñas lágrimas cuando lo escuchaba en el programa. El maestro, como lo llamábamos de forma cariñosa, fue un gran enamorado de los decires de Tío Borrico. Y en ellos apreciaba cada una de las características esenciales del cante de Jerez: cante corto y hablado, directo, peleado, con eco transido y airoso en el compás...

De cualquiera de las maneras, Tío Gregorio Manuel fue siempre una referencia del gemido más verídico. Porque al escucharlo detenidamente nos apercibimos que más allá de cantar parece estar contándonos al oído alguna vivencia salida del corazón. Siempre a través de esa gruta insondable que eran los pliegues de su voz, tan de campo como una besana en el país de las albarizas.

En cierta ocasión un periodista le preguntó por los cantes estos y aquellos; las variedades de los mismos y sus estilos... Y él, con la inocencia que le caracterizaba, le respondió: 'hijo, yo de eso no conozco nada... yo lo que hago es acordarme de mi gente y poner el corazón en la garganta cuando canto'. Esa frase es de una sinceridad y una grandeza sin igual; ahíta de generosidad. Tío Borrico quiso decir que lo suyo era compartir, entregar todo un rosario de lamentos heredados que tenía dentro con la necesidad de soltarlos en torrentera.

Luego está ese valioso intérprete que nos transmitió algunos cantes con una profundidad abisal. Como, por ejemplo, su versión de Frijones heredada de su abuelo Juanichi el Manijero, a quien apodaban 'el Frijones chico', allá por la Enramá de Santiago. Valga como muestra aquella soleá de 'Ponte tú a pensá en mi queré'. Toda ella rezuma de una flamenquería a la manera más jerezana: soltando el primer verso para llamar la atención y soldando los dos siguientes en el bajo para producir congoja y dolor a partes iguales.

Y qué decir cuando redefine a su manera los cantes de preparación de El Mellizo de Cádiz.



Tío Gregorio (foto de Internet)

La gran joya de sus propuestas es posible que esté condensada en la soleá 'En el campo me crié'. De ella escribí que Tío Borrico, con esa voz telúrica, en vez de ejecutarla con la musicalidad y el mecido que precisa el modelo de origen gaditano, aporta gravedad sonora. Figuradamente: donde debería haber agua, injerta terruños de viña. Y si nos fijamos bien, toda la soleá está plagada de ahogos existenciales porque está reviviendo el rol de la letra como si la vida le fuera en ello.

Podíamos seguir, pero no hay más espacio y tampoco el cante cabe en el papel. Ahí están sus martinetes, siguiriyas, tangos, bulerías para escuchar e incluso ciertas concesiones

a los cantes festeros de Cádiz de un valor supremo. La designación de esta Palma de Plata a título póstumo es entregarla a una verdad del cante de todos los tiempos. Ese que hizo de la queja el principio y el fin de nuestra expresión más profunda. Una mirada al pasado con la cabal intención de mirar al futuro. Sí, es un reconocimiento mirando a los siglos venideros para mostrar los caminos del genuino cante; para que no se pierda en los vericuetos del incierto futuro que nos espera. En nombre de Jerez, muchas gracias amigos de Algeciras por abrir esta bota de oloroso en rama que lleva el nombre de Tío Gregorio Manuel 'El Borrico' para que nos perfume de aquí a la eternidad, esa que está tan cerca.



Del libro de José M^a Castaño. La foto portada es de Pedro Carabante.

Algeciras · Teatro Florida
Viernes 19 de noviembre de 2021 · 21:00 horas

XXIX PALMA DE PLATA

“Ciudad de Algeciras”

Homenaje a

Tío Borrico de Jerez
Gregorio Manuel Fernández Vargas

AL CANTE:

PAQUI LARA
RAFAEL NÚÑEZ SOTO "EL LELE"

A LA GUITARRA:

FRAN DE ALGECIRAS
MANUEL PERALTA

AL CANTE:

MANUEL FERNÁNDEZ CARRASCO
"EL BORRICO"

A LA GUITARRA:

ANTONIO JERO

AL CANTE:

JOAQUÍN FLORES
ANA DE LOS REYES
DOLORES DE PERIKIN

A LA GUITARRA:

JUAN MANUEL MONEO

PALMAS:

JOSÉ PEÑA

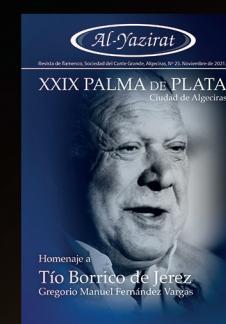
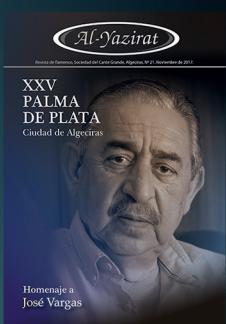
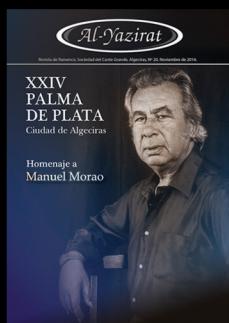
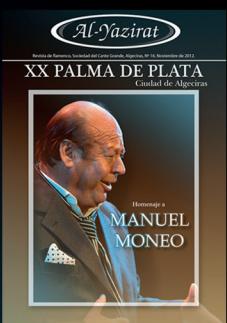
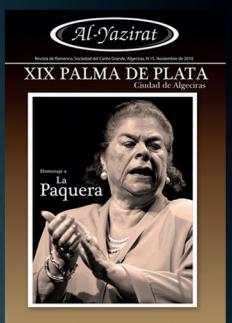
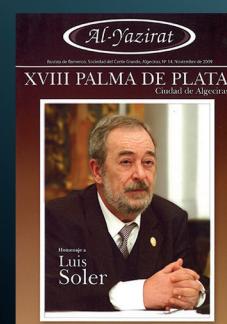
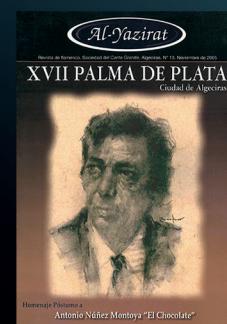
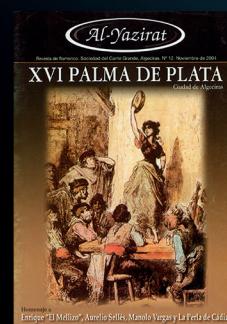
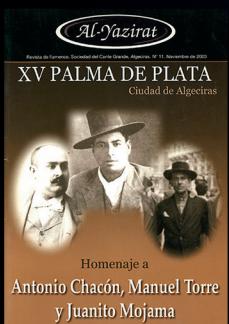
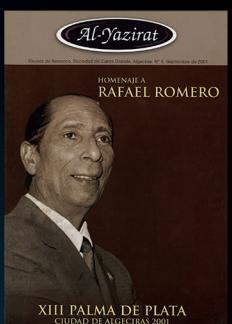
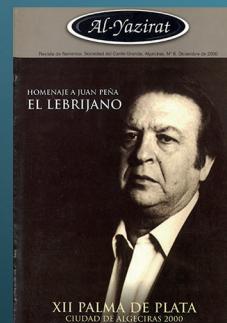
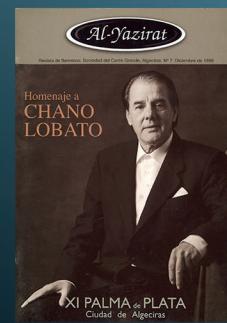
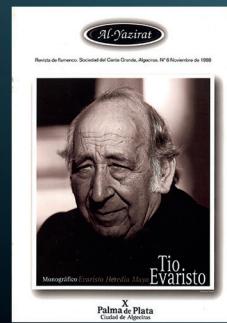
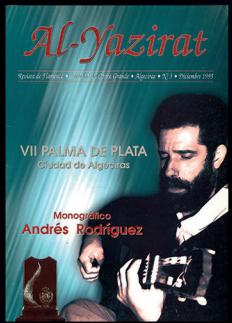
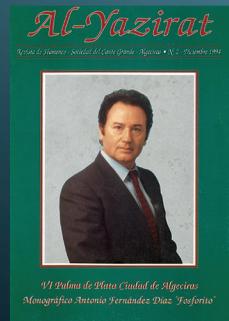
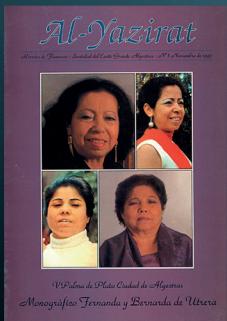
PRESENTA: MANUEL MARTÍN MARTÍN

LA ENTRADA AL ESPECTÁCULO SERÁ POR INVITACIÓN, SE PODRÁ RECOGER EN LA DELEGACIÓN DE CULTURA,
EN LA AVDA. VILLANUEVA, ED. GUILLERMO PÉREZ VILLALTA, EN HORARIO DE 9:00 A 14:00 HORAS (LUNES A VIERNES).





Ejemplares Publicados: del 0 al 25



www.algeciras.es/cultura

